

MIGUEL BAKOUNINI

DIOS Y EL ESTADO

VERSIÓN ESPAÑOLA Y APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

R. M. Y E. A.

UNA PESETA

AEP - CDHS
BARCELONA

MADRID

IMPRENTA POPULAR

4, Plaza del Dos de Mayo, 4.

MIGUEL BAKOUNINI

DIOS Y EL ESTADO

VERSIÓN ESPAÑOLA Y APUNTES BIOGRÁFICOS

DN

R. M. y E. A.



009343

MADRID

IMPRENTA POPULAR

4, Plaza del Dos de Mayo, 4.



APUNTES BIOGRÁFICOS

Torschok, gobierno de Tower (Rusia), fué el punto donde vió la luz Bakounini el año 1814. Su familia ocupaba una posición brillante y descendía de una antigua casa aristocrática emparentada con la rama imperial. Desde su infancia dió pruebas de una inteligencia despejada y una profunda afición al estudio, asistiendo con notable aprovechamiento á las escuelas superiores de Moscou.

Terminados los estudios preliminares, Bakounini ingresó en la Escuela de cadetes, saliendo destinado al poco tiempo, con el grado de alférez, al cuerpo de artillería de la Guardia imperial, que se hallaba de guarnición en las provincias polacas.

Este acontecimiento produjo tal cambio en el modo de ser de Bakounini, é influyó de una manera tan decisiva en sus futuros destinos, que casi puede decirse fué el despertar de su inteligencia, de aquella inteligencia revolucionaria. Apenado en lo más recóndito de sus sentimientos por la inhumana conducta seguida con la infeliz Polonia, oyó en su alma un grito de indignación, y abominando la odiosa y despótica conducta de los czares, que así sacrificaban á tanta criatura humana, renunció su puesto en la Guardia imperial y retiróse á su casa, dedicándose al

estudio de las ciencias y la filosofía, en unión de Belinski.

Tres años duraron estos estudios, al cabo de los cuales, en 1841, se trasladó á Berlin, donde los continuó con verdadero entusiasmo, declarándose partidario de las doctrinas de Hegel. Inicióse allí en la Sociedad la *Joven Alemania*, cuyos principales jefes no tardaron en conocer cuánto podía esperarse de aquel carácter enérgico y decidido. El año 1842 abandonó Berlin para dirigirse á Dresde, siempre sediento de adquirir nuevos conocimientos y perfeccionar los ya adquiridos. En esta última ciudad estableció frecuentes relaciones con Ruge, y dió á luz los primeros escritos filosóficos en los *Anales alemanes*, firmados con el seudónimo de Jules Elysard, estudios que merecieron simpática acogida.

Su natural inclinación apenas le dejaba punto de reposo, y el mismo año abandonó á Dresde para dirigirse á París. París era entonces el foco de la emigración polaca; allí residían los principales miembros de la insurrección que habían logrado escapar á las balas y á las crueles persecuciones moscovitas, con los cuales contrajo estrechas relaciones.

De París marchó á Zurich, poniendo particular empeño en la organización de los trabajadores bajo bases socialistas. Asustado el gobierno de Nicolás, por las noticias que hasta él llegaban, de la propaganda revolucionaria de Bakounini, retiró á éste el permiso que le había concedido para viajar, conminándole, en caso de no obediencia, con la confiscación de todos sus bienes. Bakounini despreció el orden y siguió su incesante propaganda con un celo é interés dignos de toda alabanza. Y este es uno de los rasgos característicos que prueban irrefutablemente

hasta qué grado habían arraigado en aquel corazón las ideas emancipadoras. Bakounini, voluntariamente, consintió en que se le despojara de su peculio, como antes había dimitido su empleo en el ejército.

Su pluma no podía estar ociosa: así que, cuando algún tiempo después volvió á París, dedicóse á colaborar en los periódicos *La Verdadera República* y *La Reforma*, esta última á cargo de Flocon. Después contrajo amistad con Proudhon, ayudándole en la colaboración del periódico *El Pueblo*. En 1847 celebróse en París una importante reunión á la que acudieron todos los emigrados polacos.

En esta reunión pronunció Bakounini, en nombre de los emigrados rusos, un enérgico y elocuente discurso, en el que expuso era «necesario unir los esfuerzos rusos y polacos para sacudir la ominosa tiranía de los czares».

A consecuencia de este discurso, el ministerio Guizot, á instancias del gobierno ruso, le expulsó de Francia, teniendo que refugiarse en Bruselas, donde permaneció poco tiempo, pues á los primeros síntomas de la revolución del 48 corrió otra vez á París.

Aprovechando la natural excitación producida por la revolución, Bakounini, en inteligencia con Ledru-Rollin en Francia, Kossuth en Hungría y Mazzini en Italia, fué á propagar la revolución en los pueblos germánicos, tomando parte en todas las insurrecciones.

Desde el Congreso eslavo, reunido en esta última ciudad, y después de haber estado en Berlin, marchó á las barricadas de Dresde, batiendo á los prusianos, con ayuda de Heubner y Roekkel, dejando en aquella ciudad imprecaderos recuerdos de sus

brillantes cualidades cívicas y militares durante el tiempo que dominó el elemento revolucionario.

Vencida la revolución alemana, los prusianos cargaron sobre Dresde con numerosas fuerzas y la obligaron á capitular. Bakounini propuso como medio de defensa, y para evitar la entrada de los prusianos, se incendiarán los edificios públicos, lo cual produjo inmenso clamoreo entre los burgueses.

Antes que capitular prefirió huir, teniendo la mala suerte de que le hiciesen prisionero en Chemnitz, de donde le trasladaron á Kœnigstein. Formósele causa y fué condenado á muerte en mayo de 1850, pena que se le conmutó por la de cadena perpetua.

Austria reclamó al prisionero, alegando tenía derecho á juzgarle por las insurrecciones de Bohemia, en que Bakounini había tomado parte, y el dócil gobierno de Berlín hizo entrega del revolucionario.

Los tribunales austriacos formularon nueva sentencia de muerte contra Bakounini, en mayo del 51, sentencia que quedó reducida á la de prisión perpetua.

No se detuvo aquí la mala estrella de Bakounini. Por grandes que fueran sus sufrimientos durante aquella terrible peregrinación de cárcel en cárcel, durmiendo mal y comiendo peor, siempre vigilado y sujeto como un criminal, no debieron causarle tanta impresión como la noticia de que el czar había solicitado su extradición, á lo cual accedió el gobierno austriaco, como antes lo había hecho el de Berlín. Cumpláse aquí la ley del más fuerte. Todavía no había ocurrido la batalla de Sadowa, y, por consiguiente, Prusia era inferior á Austria y ésta á Rusia. Los tres verdugos que villana y traídoramente habían despojado á Polonia de su libertad y

repartídosela como los dogos un hueso, se disputaban ahora la preeminencia de ser los carceleros ó verdugos de un hombre que valía mil veces más que aquellos energúmenos de manto y cetro.

Austria, pues, quitó la cadena de cinco pies con que tenía sujeto á Bakounini al muro de su prisión, y cargado con cadenas rusas, que causaron hondas llagas en sus carnes, fué trasladado á las prisiones de San Pedro y San Pablo en Petersburgo.

Llevaba algún tiempo en aquella oscura mazmorra, cuando se le presentó un día el príncipe Orloff, jefe de la tercera división.

—Vengo—le dijo—á invitar á usted, de parte de Su Majestad Ilustrísima, á que le exponga sus opiniones respecto de la situación política europea.

Aquella naturaleza de hierro, donde se embotaban todas las armas del martirio, lejos de aprovechar la propicia ocasión que se le presentaba para impetrar gracia de su verdugo, con la arrogancia propia del que siente en su interior el sacro fuego de una idea, redactó una extensa Memoria en la que se exponía, entre otras cosas, el vehemente deseo de los eslavos por libertarse del yugo tudesco, demostrando que esta gran obra podría iniciarla Rusia poniéndose á la cabeza del panslavismo libertador.

Después de haber leído Nicolás la Memoria, dijo á Orloff:

—¿Sabes que este revolucionario es un gran hombre? Pero al mismo tiempo es el hombre más peligroso de mi imperio y nunca estará bien guardado.

A los pocos días, y para que estuviera mejor guardado, fué trasladado á la fortaleza de Schlüsselberg. Allí permaneció hasta el advenimiento de Alejandro II, que, como un rasgo filantrópico, le conmutó

la prisión por la deportación perpetua á Siberia, eterna necrópolis de seres vivos.

En aquella helada región permaneció cinco años con la idea fija en su mente de evadirse para volver á Europa y continuar su obra revolucionaria; idea que animaba su ser, que le hacía soportar con estoica resignación las cárceles, las cadenas y los martirios.

Por fin una noche puso en práctica su atrevido pensamiento, y sin rumbo, sin derrotero, para el fugitivo del desierto no había brújula, sin más horizonte que el que allá lejos, muy lejos le trazaba su inspiración revolucionaria, abandonó Siberia, perseguido á tiros, pasando por todas las innumerables peripecias de un país agreste, falto de agua y de alimentos. Así atravesó el Asia hasta que llegó á Yokohama, donde pudo embarcar en un vapor que le condujo á San Francisco, pagando el pasaje con sus servicios en el buque. Medio año residió en la república norteamericana, ganándose el sustento con las lecciones de idiomas y matemáticas, antes de dirigirse á Londres. Los emigrados rusos, entre éstos Herzen, acogieron con inusitadas muestras de cariño al que todos los periódicos habfan dado por muerto.

Algún trabajo hubo de costarle le reconocieran, pues de esbelto y delgado que era cuando vivía en compañía de su tío el general Bakounini, se había convertido en un formidable hombretón. Sus padecimientos físicos y morales no le evitaron el que, apenas llegado á Londres, tomara parte en la redacción de la *Kolokol* (La Campana), que ya escribían sus amigos Herzen y Ogareff, si bien por poco tiempo, pues éstos no conformaban con sus ideas radicales. Infatigable en su propaganda revolucionaria, re-

corrió varios puntos de Europa, haciendo todos los esfuerzos imaginables para sublevar á los campesinos de la Lituania contra el czar cuando estalló la revolución polaca en 1863. A pesar de haber sido vencida, y en la seguridad de correr á una muerte segura, organizó una expedición, que, bien á pesar suyo, no pudo salir de las costas de Suecia. Tampoco pudo tomar parte en aquella insurrección la Sociedad *Tierra y Libertad*, organizada por Bakounini en todos los dominios de Rusia, y á la cual estaban afiliados millares de rusos, por haberse anticipado el movimiento insurreccional. Fracasados sus planes, dirigióse á Italia, donde no encontró á ninguno de los revolucionarios de 1848, lo cual no fué obstáculo para que fundara en Nápoles el periódico *Libertad y Justicia*, desarrollando en él sus ideas.

En 1867 asistió al Congreso de la *Liga de la Paz*, convocado en Ginebra por los demócratas, con la esperanza de que resultara de aquellas sesiones algo verdaderamente revolucionario; sus esperanzas salieron fallidas, y en el Congreso de Berna, celebrado en 1868, se retiró con la minoría socialista, formulando aquella enérgica protesta en que se consignaba la *igualdad económica y social de las clases y de los individuos* como base de la revolución.

En 1869 fijó su residencia en Ginebra, dando gran impulso á la propaganda socialista, á cuyo efecto fundó *La Igualdad*, colaborando además en *El Progreso*, de Soche.

Asistió al Congreso internacional de Basilea, contribuyendo con su persuasiva oratoria y fundados argumentos al triunfo de las ideas anarquistas.

Las incessantes reclamaciones del gobierno ruso le obligaron á retirarse á Socarno, desde donde se di-

rigió á Lyon para tomar parte en el movimiento revolucionario de la *Commune* en 1870, haciendo cuanto es imaginable por sublevar los departamentos franceses. Vencida la *Commune*, volvió á Socarno triste y abatido.

Tomó parte en el Congreso de Saint-Imier, donde se afirmaron una vez más las doctrinas anarquistas en contraposición á las ideas reaccionarias y absorbentes de Carlos Marx.

La muerte le sorprendió el 1.º de Julio de 1876, cuando se ocupaba en organizar una vasta conspiración socialista que debía estallar en Bolonia y extenderse por toda Italia.

Genesto Alvaes.



DIOS Y EL ESTADO

Tres elementos ó tres principios fundamentales constituyen las condiciones esenciales de todo desenvolvimiento humano, colectivo ó individual, en la historia: primero, la *animalidad humana*; segundo, el *pensamiento*; y tercero, la *rebelión*. Al primero corresponde propiamente la *economía social y privada*; al segundo, la *ciencia*; al tercero, la *libertad*.

Los idealistas de todas las escuelas, aristócratas y burgueses, teólogos y metafísicos, políticos y moralistas, religiosos, filósofos ó poetas, sin olvidar los economistas liberales, adoradores apasionados del ideal, como todo el mundo sabe, se ofenden en gran manera cuando se les dice que el hombre, con su magnífica inteligencia, sus ideas sublimes y sus aspiraciones infinitas, no es, al igual de todo lo que existe en el mundo, sino un producto de la *vil materia*.

Desde luego podríamos objetarles que la materia á que los materialistas se refieren, espontánea, eternamente móvil, activa, productiva; la materia, química ú orgánicamente determinada y manifestada por las propiedades ó las fuerzas mecánicas, físicas, animales ó inteligentes que le son peculiares, no tiene relación alguna con la *vil materia* de los idealistas. Esta última, producto de la falsa abstracción, es seguramente una cosa estúpida, inanimada, incapaz de dar á luz el menor producto, un *caput mortuum*, una repugnante imaginación opuesta á esa *bella* imaginación á que llaman *Dios*; frente á frente de ese Sér Supremo, la materia, despojada por ellos mismos de cuanto cons-

tituye su naturaleza real, representa necesariamente la nada suprema.

Al separar de la materia la inteligencia, la vida, todas sus cualidades determinantes, sus fuerzas ó relaciones activas, sus impulsos propios, sin los cuales carecería de peso, no la dejan otra cosa que la impenetrabilidad é inmovilidad absoluta en el espacio. En compensación, atribuyen todas esas fuerzas, propiedades y manifestaciones naturales á ese sér imaginario creado por su abstracta fantasía: así que, invertidos los términos, llaman á ese producto de su imaginación, á ese fantasma, á ese Dios que no es mas que la nada, el *Sér Supremo*; como consecuencia necesaria, afirman que el sér real, la materia, el mundo, es la nada. Después deducen, grave y doctoralmente, que siendo la materia incapaz de producir algo, ni aun de ponerse en movimiento, ha debido ser *necesaria y consiguientemente* creada por Dios.

¿Tienen razón los deístas ó los materialistas? Una vez planteada la cuestión, la duda es imposible. Es indudable que los idealistas están en un error; los materialistas tienen razón. Si, los hechos son anteriores á las ideas; el ideal, ha dicho Proudhon, es una flor cuyas raíces arrancan de las condiciones materiales de toda existencia. La historia intelectual, moral, política y social de la humanidad sólo es el reflejo de su historia económica.

Las diferentes ramas de la ciencia moderna, ciencia verdadera é imparcial, proclaman de consuno esta gran verdad fundamental y decisiva: «Que el mundo social, el mundo propiamente humano; en una palabra, la humanidad, no es otra cosa que el supremo desenvolvimiento, la más alta manifestación de la animalidad, al menos en cuanto se refiere al planeta que habitamos y á lo que nosotros conocemos.» Pero como cada desenvolvimiento implica necesariamente una negación de la base ó punto de partida, he aquí que la humanidad es á un mismo tiempo, y por su esencia, la negación gradual y deliberada del elemento animal en el hombre; y es precisamente esta negación racional, porque es natural á la par que lógica, histórica é inevitable, como lo es también el desenvolvimiento y realización de todas las leyes naturales en el mundo, lo que constituye y da la vida al ideal, el mundo de las convicciones morales é intelectuales, las ideas.

Sí: nuestros antepasados, Adanes y Evas, fueron, si no gorilas verdaderos, bestias inteligentes y ferozes (omnívoros), dotadas en un grado superior á los animales de las demás especies de estas dos facultades preciosas: *la facultad de pensar y la necesidad de rebelarse.*

Combinando la acción progresiva de estas dos facultades en la historia, representan el poder negativo en el desenvolvimiento positivo de la animalidad humana, y crean, por lo tanto, todo lo que constituye la humanidad en el hombre.

La Biblia, que es un libro muy interesante y profundo en todas sus partes, considerado como una de las más antiguas manifestaciones de la sabiduría y de la inteligencia humanas, expresa esta verdad con una sencillez admiradora en el mito del pecado original. Jehová, que de todos los dioses buenos adorados por los hombres fué el más celoso, el más vanidoso, el más violento, el más injusto, el más sanguinario, el más despótico y el más hostil á la dignidad y á la libertad humanas; Jehová creó á Adán y Eva para satisfacer no sabemos qué capricho, de seguro para proporcionarse dos nuevos esclavos, y puso generosamente á su disposición toda la tierra con sus frutos y animales, prohibiéndoles de un modo expreso y terminante probar el fruto del árbol de la ciencia. Por lo que se ve, deseaba que el hombre, sin conciencia de sí mismo, permaneciese eternamente bestia y eternamente humillado ante el Dios *riero*, su creador y su amo. Pero he aquí que surge Satanás, el contumaz rebelde, el primer librepensador y emancipador de los mundos y demuestra al hombre su ignorancia y obediencia brutales; le emancipa, imprime en su frente el sello de la libertad y de la humanidad; finalmente, le incita á desobedecer los mandatos de su iracundo señor y probar del fruto del árbol de la ciencia.

Lo que sigue es bien conocido. El buen Dios, cuya previsión, una de las facultades divinas, debía haberle noticiado lo que iba á suceder, cayó en un terrible y ridículo furor. Maldijo á Satanás, al hombre y al mundo creado por él, destruyendo, podemos decirlo así, su propia obra, cual hacen los niños que se encolerizan; y no contento con castigar á nuestros antepasados, maldijo también á las generaciones futuras, inocentes del crimen cometido por los primeros padres.

Los teólogos católicos y protestantes estiman esto como muy profundo y justo, precisamente porque es en grado sumo monstruoso, inicuo y absurdo. Luego, recordando que no solamente era un dios de cólera y de venganza, sino también un dios de amor, después de haber atormentado á unos cuantos millones de pobres seres humanos y condenarlos á un infierno eterno, tuvo piedad del resto y, para salvarlos y reconciliar su amor eterno y divino con su divina y eterna cólera, siempre sedienta de víctimas y de sangre, envió al mundo, como víctima expiatoria, á su único hijo, que fuera sacrificado por los hombres. Tal es el llamado misterio de la redención, base de todas las sectas cristianas. ¡Y sí, no obstante, el divino salvador hubiera redimido al mundo! Pero no; en el paraíso prometido por Cristo, como nadie ignora, puesto que tal ha sido la solemne profecía, los elegidos serán muy pocos. El resto, la inmensa mayoría de las generaciones presentes y futuras, arderá eternamente en el infierno. Entretanto, y para consolarnos, Dios, siempre justo, siempre bueno, patrocina el gobierno de los Napoleón III, Guillermo I, Fernando de Austria y Alejandro de todas las Rusias, como si de esta suerte quisiera demostrar nuestra afirmación de que la tiranía de abajo es correlativa á la de arriba.

Tales son los cuentos absurdos á que dejamos hecha referencia y las monstruosas doctrinas que se enseñan, en la plenitud del siglo XIX, en todas las escuelas populares de Europa por mandato expreso de todos los gobiernos. ¡Y á esto se llama civilizar los pueblos! ¿No es evidente, por el contrario, que los gobiernos son los corruptores sistemáticos, los embrutecedores interesados de las masas populares?

He ahí los medios criminales y repugnantes de que se echa mano para retener á las naciones en perpetua esclavitud y poderlas esquilmar más y mejor. ¡Cuán insignificantes son los crímenes de los Toppman comparados con ese crimen de lesa humanidad cometido constantemente, en pleno día, sobre la superficie de todo el mundo civilizado por los que á sí mismos se llaman, sin rubor alguno, defensores y padres del pueblo!

Pero aún hay más; en el mito del pecado original, Dios admite que Satán tenía razón, reconoce que el demonio no engañó á Adán y Eva al prometerles la ciencia y la liber-

tad como recompensa al acto de rebelión que les había inducido á cometer, porque en el mismo momento que comieron de la fruta prohibida, Dios se dijo (véase la Biblia): «He aquí que el hombre llega á convertirse en un dios para conocer el bien y el mal; impidámosle, por lo tanto, probar el fruto de la vida eterna para que no alcance, como Nos, la inmortalidad.»

Dejemos á un lado ahora la parte fabulosa de este mito y considerémosle en su verdadero significado, bien sencillo por cierto. El hombre se emancipa, se aparta de la animalidad y se constituye á sí mismo *hombre*; ha comenzado su historia y desenvolvimiento esencialmente humanos por un acto de desobediencia y de ciencia; esto es, por la *rebelión* y por el *pensamiento*.

El sistema de los idealistas es completamente todo lo contrario de esto; es el reverso de todas esas experiencias humanas y de ese buen sentido universal y común, condición esencial á todo entendimiento humano, que, elevándose desde esta verdad tan sencilla, como de largo tiempo admitida, que «dos veces dos son cuatro,» hasta las más sublimes y complejas consideraciones humanas—no admitiendo, por otra parte, nada que no se halle confirmado por las pruebas más severas que la experiencia y la observación de las cosas y de los hechos nos suministren—llega á ser la única base sería del conocimiento humano.

Concíbese perfectamente el desenvolvimiento progresivo del mundo material, así como también el de la vida orgánica y animal y el de la inteligencia históricamente gradual del hombre, individual ó socialmente considerado. Esto es un movimiento completamente natural de lo simple á lo compuesto, de lo más bajo á lo más alto, de lo inferior á lo superior; un movimiento que conforma con nuestras diarias experiencias y, por consiguiente, con nuestra lógica natural, con las leyes esenciales del espíritu que, formándose y desenvolviéndose solamente con la ayuda de esas mismas experiencias, no es, propiamente hablando, mas que la reproducción mental ó cerebral, el sumario reflexivo de todo ello.

Lejos de seguir el orden natural que nos lleva de lo más bajo á lo más alto, de lo inferior á lo superior y de lo relativamente simple á lo más complejo, en lugar de asociar sabia y racionalmente el movimiento real y progresivo

vo del mundo llamado inorgánico al mundo orgánico vegetal, animal y luego esencialmente humano—de la materia, ó ser químico, á la materia ó ser viviente, y de éste al ser pensante—los idealistas, obcecados, ciegos, fanatizados por el fantasma divino que heredaron de la teología, toman precisamente el camino opuesto, y van de lo más alto á lo más bajo, de lo superior á lo inferior, de lo más complejo á lo más simple. Comenzan por Dios, ya como idea ó sustancia divina, y el primer paso que dan es una terrible caída desde las sublimes alturas del ideal eterno hasta el fango del mundo material; desde la absoluta perfección hasta la imperfección absoluta; desde el pensamiento al sér, ó mejor, desde el sér supremo á la nada. Cuándo, cómo y por qué el Sér Supremo, eterno, infinito, absolutamente perfecto, de seguro hastiado de sí mismo, se ha decidido á dar este salto mortal, es lo que ningún idealista, ni teólogo, ni metafísico, ni poeta ha sabido comprender todavía y, mucho menos, explicarlo á los profanos. Todas las religiones pasadas y presentes y todos los sistemas de filosofía transcendental giran sobre este iniecu (1) y sin igual misterio. Hombres santos, legisladores inspirados, profetas, mesías, han buscado en él la vida y sólo han encontrado el tormento y la muerte. Como la antigua estirpe, él los ha devorado, porque no han podido explicárselo. Grandes filósofos, desde Heráclito y Platón hasta Descartes, Spinoza, Leibnitz, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, abstracción hecha de los filósofos de la India, han escrito montones de volúmenes y construido sistemas tan ingeniosos como sublimes, en los cuales han consignado pensamientos grandes y bellísimos, descubiertos verdades inmortales; pero han dejado este misterio, principal objeto de sus transcendentales investigaciones, tan insondable, tan impenetrable como antes. Los gigantesos esfuerzos de los más admirables genios del mundo, de los que uno tras otro durante treinta siglos, cuando menos, han emprendido de nuevo este trabajo de Sisifo, solamente han conseguido hacer más incomprensible aun es-

(1) Le llamo iniecu, porque este misterio ha sido y continúa siendo la consagración de todos los errores que se han cometido y se cometen en el mundo; le llamo iniecu, porque todos los demás absurdos metafísicos y teológicos que rebajan, degradan el espíritu humano no son mas que su consecuencia necesaria.—(N. del A.)

te misterio. ¿Podemos, pues, esperar que nos sea explicado por las rutinarias especulaciones de algún discípulo pedante de esa metafísica artificiosa, en una época en que todos los espíritus serios han abandonado esa ciencia ambigua nacida de una transacción entre la sinrazón de la fe y la profunda razón científica?

Es evidente que este terrible misterio es inexplicable; esto es, absurdo, puesto que solamente lo absurdo no admite explicación alguna; es evidente también que quien lo cree esencial á su felicidad y á su vida necesita renunciar á su razón, y volver, si esto es posible, á la fe primera, estúpida y ciega, para repetir con Tertuliano y todos los creyentes sinceros estas palabras que son la quinta esencia de la teología: *Credo quia absurdum*. Entonces cesa toda discusión y queda triunfante la estúpida fe. Pero al momento surge esta otra cuestión: *¿Cómo llega un hombre inteligente é instruido á sentir la necesidad de creer en este misterio?*

Nada más natural que la creencia en Dios, creador, regulador, juez, amo, vengador, redentor y protector del mundo, prevalezca todavía entre el pueblo, especialmente en los distritos rurales, donde se halla más extendida que entre el proletariado de las ciudades. Desgraciadamente el pueblo es aún muy ignorante, debido á los esfuerzos sistemáticos de todos los gobiernos, que juzgan, no sin razón, que la ignorancia de aquél es una de las condiciones esenciales de su propio poder. Abruñado por su cotidiana tarea, privado de comodidades, del comercio intelectual de la lectura; en una palabra, de todos los medios y de una buena parte de los estimulantes que desarrollan el pensamiento en el hombre, el pueblo acepta generalmente las tradiciones religiosas en totalidad y sin examen alguno. Estas tradiciones envuelven al hombre desde la infancia en todas las circunstancias de la vida, y mantenidas artificialmente en su espíritu por una multitud de envenenadores oficiales de todas clases, curas y laicos, le transforman de tal manera que adquiere un hábito intelectual muchas veces más poderoso que su mismo buen sentido natural.

He aquí otra razón que explica, y en cierto modo justifica, las absurdas creencias del pueblo: tal es la miserable situación á que se halla fatalmente condenado por la organización económica de la sociedad en los más civilizados países de Europa. Reducido, así intelectual y moral como

decididos adversarios del materialismo, y por consecuencia, del socialismo también, tanto en filosofía como en política.

Con ellos, por lo tanto, es preciso ahora discutir esta cuestión.

*
**

Observemos primeramente que ninguno de los hombres ilustres que se han conquistado un justo renombre, ni cualquier otro pensador idealista de alguna consecuencia en nuestros días, ha prestado la debida atención al lado lógico, propiamente hablando, de nuestro tema. Ninguno ha tratado de probar filosóficamente la posibilidad del divino salto mortal desde la región pura y eterna del espíritu al cieno inmundado del mundo material.

¿Es que han temido aproximarse á esta irreconciliable contradicción, que han desesperado de resolverla vista la impotencia de los grandes genios de la historia, ó que han cerrado sobre ella dándola por suficientemente discutida y comprobada? Este es, sin duda alguna, su secreto.

Lo cierto es que han descuidado la demostración teórica de la existencia de Dios, limitándose al desenvolvimiento de sus motivos y consecuencias prácticas. Sí; han admitido como un hecho el universal consentimiento en la existencia de Dios, y por esto mismo, por la única prueba que les facilita lo establecido en la antigüedad; y esta condición universal de la creencia en el Ser Supremo la suponen, la creen fuera de toda duda.

Esta imposición unánime, á los ojos de muchos hombres y escritores ilustres— citaremos á los más famosos, Joseph de Maistre y el gran patriota italiano Guisepppe Mazzini— es de más valor que todas las demostraciones de la ciencia; y si la dialéctica de un pequeño número de pensadores lógicos y muy poderosos, pero aislados, le es contraria, tanto peor, dicen, para esos pensadores y su lógica, porque el consentimiento universal, la adopción primitiva y general de una idea han sido siempre considerados como el testimonio más auténtico de su verosimilitud.

El sentimiento universal, esa convicción que se encuentra y se mantiene siempre y en todas partes, no puede, no, engañarse; precisa tener su raíz en una necesidad inherente en absoluto á la misma naturaleza humana. Y puesto

que todos los pueblos pasados y presentes la han establecido, puesto que han creído y creen todavía en la existencia de Dios, claro está que todos aquellos que tienen la desgracia de ponerlo en duda, cualquiera que sea la lógica que á ello les conduzca, no son mas que seres excepcionales, anómalos y monstruosos.

Así, pues, la antigüedad y la universalidad de una creencia, aunque sea contraria á la ciencia y á la lógica, debe estimarse como prueba suficiente é irreprochable de su verdad. ¿Y por qué? Hasta la época en que florecieron Galileo y Copérnico todo el mundo creía que el sol giraba alrededor de la tierra, y sin embargo, todo el mundo estaba en un error.

¿Qué hay, por otra parte, más antiguo y más universal que la esclavitud? El canibalismo probablemente. Desde el origen histórico de la sociedad hasta nuestros días se ha ejercido siempre y en todas partes la explotación del trabajo de las masas— esclavos, siervos ó asalariados— por una minoría dominante: opresión del pueblo por la Iglesia y por el Estado. ¿Deduciremos de ello que semejante explotación, que una tiranía tal son necesidades inherentes en absoluto á la misma existencia de la sociedad humana?

Ejemplos son estos que demuestran la falta de base de los argumentos de los apologistas del Dios misericordioso. Nada, en efecto, es tan universal, tan antiguo, como la iniquidad y el absurdo; la verdad y la justicia, por el contrario, son lo menos universal, lo más reciente en el desenvolvimiento de la sociedad. En este hecho se halla también la explicación de un fenómeno histórico constante: la persecución ejercida contra los que primeramente proclaman la verdad, y que han sido y continúan siendo objeto de las iras de los representantes oficiales y privilegiados de las creencias *universales* y *tradicionales*, y frecuentemente también lo son de las mismas masas populares que, antes de haberlos torturado por completo, acaban siempre por adoptar sus ideas, rindiéndose á la evidencia.

Para nosotros, materialistas y revolucionarios, nada hay de asombroso y terrorífico en ese fenómeno histórico. Fuertes en nuestra conciencia, en nuestro amor por la verdad, á pesar de todos los peligros; en esa pasión por la lógica, que constituye por sí sola un gran poder, y fuera de la cual muere el pensamiento; firmes en nuestra pasión

ASP - CDHS
BARCELONA

por la justicia, en nuestra inquebrantable fe por el triunfo de la humanidad sobre todas las bestialidades teóricas y prácticas; fuertes, finalmente, en nuestra mutua confianza y en el apoyo que nos prestan los que participan de nuestras convicciones, nos resignamos á luchar con todas las consecuencias de este fenómeno histórico, en el que vemos la manifestación de una ley social, tan natural, tan necesaria y tan invariable como todas las leyes que gobiernan el mundo.

Esa ley es consecuencia lógica é inevitable del origen animal de la sociedad humana; y en presencia de todas las pruebas científicas, fisiológicas y psicológicas que se han acumulado en nuestros días, así como frente á los brutales conquistadores de Francia, que dan de ello una demostración tan completa, no es posible dudar; pero desde el momento que se acepta este origen animal del hombre, explícase todo. La historia se nos presenta entonces como la negación revolucionaria, ya lenta, apática, adormecida, ya apasionada y potente del pasado: consiste precisamente en la negación progresiva de la primera animalidad del hombre por el desarrollo de su humanidad; éste, bestia feroz, sobrino del gorila, parte de las tinieblas del instinto animal á la luz del espíritu y de la razón, lo que explica de una manera completamente natural su pasado de errores y nos consuela en cierto modo de sus errores del presente. Emancipóse primeramente de la esclavitud animal, y pasando á través de la esclavitud divina, una condición temporal entre su animalidad y su humanidad, marcha en este momento decisivamente á la conquista y realización de la libertad humana. De todo esto resulta que la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar nada en su favor, nos conduce por el contrario á sospechar de ella. Tras nosotros queda la animalidad; por el contrario, la humanidad es el faro luminoso que va siempre delante de nosotros; la razón humana, pues, la única cosa que nos da vida, conciencia y ciencia, la única cosa que puede emanciparnos, darnos dignidad, libertad y felicidad, la única cosa capaz de realizar la fraternidad entre nosotros, nunca, relativamente á la época en que vivimos, se halla al principio, sino al fin de la historia. Adelante, siempre adelante por lo tanto; jamás volvamos la vista atrás, porque caminando hacia adelante hallaremos la luz, la libertad; hallaremos, en

fin, nuestra redención. Si es justificable y aun necesario y útil volver la vista al pasado para estudiarlo, es solamente con el objeto de indagar lo que hemos sido y lo que es preciso dejemos de ser para siempre, lo que hemos creído y pensado y lo que es necesario que no creamos ni pensemos por más tiempo, lo que hemos hecho y no debemos volver á hacer.

Tanto por la antigüedad como por la universalidad de un error no se prueba mas que una cosa: la similitud, ya que no la identidad perfecta, de la naturaleza humana en todas las épocas y bajo todos los climas. Y desde el momento en que todos los pueblos, en todos los períodos de su vida, han creído y aun creen en Dios, nosotros debemos concluir categóricamente que la idea divina, una idea externa, fuera de la naturaleza, es un error histórico necesario en el desenvolvimiento de la humanidad y preguntar cómo y por qué se produjo en la historia y por qué una inmensa mayoría de la raza humana lo acepta todavía como una verdad.

En tanto no nos demos cuenta de la manera cómo la idea de un mundo divino ó sobrenatural se ha desenvuelto y tuvo por precisión que desenvolverse en la evolución histórica de la conciencia humana, toda demostración científica de su absurdo será nula; hasta entonces nunca lograremos destruirlo en la opinión de la mayoría, porque nunca iremos á combatirlo á lo más profundo del ser humano, allí en donde tiene su asiento. Condenados á una lucha estéril sin principio ni fin, no debemos contentarnos aunca con combatirlo en la superficie solamente, en sus innumerables manifestaciones, porque este absurdo apenas es destruído por los golpes del sentido común cuando reaparece en una nueva forma no menos ridícula. En tanto que todos los absurdos que atormentan al mundo no sean destruídos, la creencia en Dios permanecerá intacta y nunca dejará de producir nuevos errores. Así, en nuestros tiempos, ciertas gentes de la alta sociedad van cediendo á la tendencia del espiritismo que se arraiga sobre las ruinas del cristianismo.

No es sólo en interés de las masas, sino en el de la salud de nuestros propios espíritus, que nosotros nos esforzamos por interpretar y conocer el génesis histórico, la sucesión de las causas que han producido y desarrollado la idea de Dios en la conciencia de los hombres. En vano es que nos

llemos y creamos atos en tanto no comprendamos estas causas, porque hasta entonces tendremos que sufrir siempre ser más ó menos dominados por los clamores de esa conciencia universal cuyo secreto no hemos descubierto todavía. El individuo más fuerte y constante es por naturaleza débil ante toda la poderosa influencia de las circunstancias sociales que le rodean, y así nos hallamos siempre en peligro de caer, más ó menos pronto, en una ú otra forma, en el abismo del absurdo religioso. Los ejemplos de tales conversiones son muy frecuentes hoy en la sociedad.

..

Ya he consignado la principal razón práctica del poder que aun hoy ejercen sobre las masas las creencias religiosas. Esas tendencias místicas en el hombre más bien significan un profundo descontento en el corazón humano que una aberración de su espíritu; esas tendencias místicas no son mas que la protesta instintiva y apasionada del ser racional contra las vergüenzas, pesares, rebajamientos y necesidades de una existencia miserable. Para este mal, ya lo he dicho también, no hay mas que un remedio: la Revolución social.

En otros escritos he procurado demostrar y establecer las causas que presidieron al origen y desenvolvimiento histórico de las alucinaciones religiosas en la conciencia humana. Ahora me propongo tratar de la cuestión de la existencia de Dios, ó del origen divino del mundo y del hombre, solamente desde el punto de vista de su utilidad moral y social, y diré algunas, aunque muy pocas palabras, sobre la razón teórica de esa creencia, á fin de exponer mejor mi pensamiento.

Todas las religiones con sus dioses, sus semidioses y sus profetas, sus mesías y sus santos han sido creadas por la fantástica imaginación de hombres que no han alcanzado el pleno desenvolvimiento ni la completa posesión de sus facultades intelectuales. Por esto el cielo religioso no es mas que un espejo, en el cual el hombre, exaltado por la ignorancia y por la fe, descubre su propia imagen, pero agrandada ó invertida; esto es, *divinizada*. La historia de las religiones, del nacimiento, desarrollo y decadencia de los dioses que se han sucedido uno tras otro en las creen-

cias humanas, no es otra cosa, por lo tanto, que el desenvolvimiento mismo de la inteligencia colectiva y de la conciencia de la humanidad.

Apenas los hombres descubrieron en el curso de su marcha históricamente progresiva, ya en sí mismos, ya en la naturaleza externa, un poder, una cualidad ó un gran defecto cualquiera, lo atribuyeron inmediatamente á sus dioses, después de haberlo exagerado y agrandado más de lo regular, á imitación de lo que hacen los niños, por un acto de su fantasía religiosa. Gracias á la modestia y á la bondadosa generosidad de los creyentes y fanáticos, el cielo se ha enriquecido con los despojos de la tierra; y por una consecuencia necesaria, á medida que el cielo se ha ido enriqueciendo, la humanidad y la tierra han sido más miserables: una vez admitida la divinidad, se la proclamó la causa, la razón, el árbitro y el dispensador absoluto de todas las cosas; el mundo desde entonces no fué ya nada; Dios lo es todo, y el hombre, su creador verdadero, después de haberlo hecho surgir del vacío, se humilló ante él, le adoró y se constituyó en su criatura y su esclavo.

El cristianismo es la religión por excelencia, porque pone de manifiesto de un modo completo la naturaleza y la esencia verdadera de cada sistema religioso, que consiste en el *empobrecimiento, la esclavitud y el aniquilamiento de la humanidad en bien de la divinidad*.

Siendo Dios todo, el mundo real y el hombre no son nada. Si Dios es la verdad, la justicia, la bondad, la belleza, el poder y la vida, el hombre es la falsedad, la iniquidad, el mal, la fealdad, la impotencia y la muerte. Si Dios es el señor, el hombre es el esclavo. Incapaz éste de hallar por su propio esfuerzo la justicia, la verdad y la vida eterna, solamente ha podido obtenerlas por medio de la revelación divina. Y quien dice revelación dice reveladores, necios profetas, sacerdotes y legisladores inspirados por Dios mismo; y éstos, una vez reconocidos como representantes de la divinidad en la tierra, como guías santos de la humanidad, escogidos por Dios para dirigirla por el camino de la salvación, necesariamente han de ejercer un poder absoluto. Todos los hombres les deben obediencia pasiva é ilimitada, porque no hay razón humana que pueda oponerse á la razón divina, porque ante la justicia del cielo nada significa la justicia terrenal. Esclavos de Dios, los hombres

son esclavos también de la Iglesia y del Estado, en tanto cuanto el Estado es consagrado por la Iglesia.

He ahí una verdad que el cristianismo ha comprendido mejor que todas las demás religiones que existen y han existido, sin exceptuar la mayor parte de las viejas religiones orientales que abrazan solamente varias naciones privilegiadas, en tanto que el cristianismo aspira á dominar á la humanidad entera: esta verdad la ha proclamado y realizado con rigurosa lógica tan sólo el catolicismo romano entre todas las sectas cristianas. Esta es la razón por que el cristianismo es la religión por excelencia, absoluta y final; porque la Iglesia apostólica y romana es la única firme, la única legítima, la Iglesia de Dios, en fin.

Con todo el debido respeto, por lo tanto, á los idealistas, metafísicos y religiosos, á los filósofos políticos y poetas, la idea de Dios implica la abdicación de la justicia y de la razón humanas; es la negación más decisiva de la libertad y conduce necesariamente á la esclavitud de la humanidad tanto en la teoría como en la práctica.

A menos, pues, de admitir la esclavitud y la degradación de la humana especie, como la desean los jesuitas, los *moniers*, los beatos y los metodistas protestantes, no podemos, no debemos hacer la más ligera concesión ni al Dios de la teología ni al de la metafísica. El que en este místico alfabeto empieza por Dios acaba fatalmente por Dios mismo; el que aspira al culto de Dios que no abrigue ninguna ilusión pueril acerca de la materia, y renuncie por completo á su libertad y á su dignidad. Si Dios es, el hombre es simplemente un esclavo; mas el hombre puede y debe ser libre; así que Dios no existe. Yo desafío á cualquiera á salirse de este círculo de hierro: escoged.

* *

¿Será necesario repetir de qué manera y en qué proporción las religiones envilecen y corrompen á los pueblos? Ellas destruyen su razón, el principal instrumento de la emancipación humana, y la reducen á la imbecilidad, la condición esencial de la esclavitud; deshonran el trabajo del hombre y lo hacen signo y origen de servidumbre; matan el sentimiento y la noción de la justicia humana, inclinando la balanza del lado de los bribones triunfantes, se-

res privilegiados de la divina indulgencia; aniquilan la dignidad y el orgullo humano y protegen tan sólo la bajeza y la humillación: finalmente, sofocan en el corazón de las naciones todo sentimiento de fraternidad, reemplazándolo con el de la crueldad.

Todas las religiones carecen de entrañas, todas se han arraigado por el derramamiento de sangre, todas descansan principalmente en la idea del sacrificio; esto es, en la inmolation perpetua de la humanidad á la iracunda venganza de la divinidad. En este sangriento misterio el hombre es siempre la víctima, y el sacerdote—hombre también, pero privilegiado por la gracia divina—es el ejecutor, el verdugo movido por el Sér Supremo. Esto nos explica el por qué los sacerdotes de todas las religiones, aun las mejores, las más humanas, las más benignas, casi siempre tienen en el fondo de sus corazones—y si no en su imaginación y en sus inclinaciones—algo de crueles y sanguinarios.

* *

Nadie conoce todo esto mejor que nuestros ilustres idealistas contemporáneos. Estos, no hay que dudarlos, son hombres doctos, de corazón y que conocen la historia; y como son al mismo tiempo seres vivos, grandes almas penetradas de un amor profundo y sincero por la felicidad de la humana especie, han maldiceido y señalado todas esas infamias, todos esos crímenes religiosos con una elocuencia incomparable, y rechazan con indignación toda solidaridad con el Dios de las religiones positivas y con sus representantes pasados y presentes en la tierra.

El Dios que los idealistas adoran ó creen adorar se distingue en esto precisamente de los dioses reales que la historia nos muestra: en que no es en absoluto un dios positivo, definido de una manera cualquiera, ya sea teológica, ya metafísicamente; en que no es ni el Sér Supremo de Robespierre y Juan Jacobo Rousseau, ni el dios del panteísmo de Spinoza, ni siquiera el dios inocente, transcendental y bastante dudoso y ambiguo de Hegel. Buen cuidado tienen de no darle una definición positiva y terminante, poseídos de que esto le sometería á la acción disolvente de la crítica. Ellos no dirán si es un dios personal ó

impersonal; si ha creado ó no el mundo, y ni aun hablarán de su divina providencia. Todo esto les pondría en un grave aprieto. Se contentan con decir *Dios*, y nada más. Pero entonces; ¿qué es su Dios? Ni siquiera es una idea; es una aspiración.

Es el nombre genérico de todo lo que aparece grande, bueno, bello, noble y humano. ¿Por qué entonces no dicen *hombres*? ¡Ah! Porque el emperador Guillermo de Prusia y Napoleón III y todos sus compadres son también hambres, y esto les embaraza muchísimo para tomar semejante determinación. La humanidad nos ofrece una mezcla informe de todo lo que hay de más sublime y bello y todo lo más vil y monstruoso en el mundo. ¿Cómo interpretan los idealistas esto? Pues llamando al uno divino y al otro bestial; representando así la animalidad y la divinidad como dos polos opuestos entre los cuales colocan á la humanidad. No quieren ni pueden explicarse cómo esos tres términos no son en realidad mas que uno, y que separarlos es destruirlos.

Fáltales lógica, y hasta puedo decirse que la desprecian. Esto es lo que les distingue de los metafísicos panteístas y deístas é imprime á sus ideas cierto carácter de idealismo práctico: que se inspiran, no en el severo desarrollo de un sentimiento, sino en la experiencia, y aun, puedo decirlo, en las emociones históricas colectivas é individuales de la vida. Esto reviste á su propaganda de una riqueza y fuerza vital aparentes, pero nada más que aparentes, porque la vida misma llega á ser estéril cuando se ve detenida por una contradicción lógica.

He aquí ahora la contradicción: ellos quieren un Dios y quieren á la vez la humanidad. Persisten en combinar dos términos que, una vez separados, sólo pueden reunirse de nuevo para destruirse; dicen á un mismo tiempo: Dios es la libertad del hombre, Dios es la dignidad, la justicia, la igualdad, la fraternidad, la prosperidad del sér, olvidando la lógica fatal en virtud de la que, si Dios existe, todas esas cosas están condenadas á la no existencia. Así, pues, si Dios es, sólo puede serlo á condición necesaria de ser el amo ó señor eterno, supremo, absoluto; y una vez admitido semejante amo, el hombre no es mas que un esclavo; en tal estado de cosas, ni la justicia, ni la igualdad, ni la fraternidad, ni la felicidad son posibles. En vano,

contra el buen sentido y las enseñanzas todas de la historia, representan á su Dios como animado por el más entrañable amor hacia la libertad humana; un amo, cualquiera que sea, y por muy liberal que pretenda aparecer, nunca deja de ser al fin y al cabo un amo.

Amante celoso yo de la libertad humana y juzgándola como la condición absoluta de todo lo que admiramos en la humanidad, invierto la frase de Voltaire y digo que si *Dios existiera sería menester abolirlo*.

La severa lógica que me dicta esas palabras no requiere ciertamente que yo desenvuelva de un modo más amplio el argumento que contienen. Y me parece imposible que las ilustraciones, cuyos nombres justamente famosos y respetables he citado, no se hayan dado cuenta de la contradicción en que se envolvían al hablar de Dios y de la libertad humana á un mismo tiempo. Para haber pasado por alto tal contradicción, debieron considerar que semejante incongruencia era *prácticamente* necesaria para el bienestar de la humanidad.

Es probable también que al hablar de la libertad como algo á sus ojos muy respetable y querido, den al vocablo una significación completamente opuesta á la concepción por nosotros, los materialistas y revolucionarios, mantenida. Ciertamente, ellos nunca hablan de la libertad sin agregarle en seguida esta otra palabra: *autoridad*, una cosa que nosotros detestamos de todo corazón.

¿Qué es la autoridad? ¿Es el poder inevitable de las leyes naturales que se manifiestan en la sucesión y encadenamiento fatales de los fenómenos del mundo físico y del mundo social? En verdad que contra esas leyes no sólo no cabe rebelarse, sino que es imposible. Podremos comprenderlas mal ó no conocerlas todas, pero nunca desobedecerlas; porque ellas constituyen la condición fundamental de nuestra existencia, nos envuelven, nos penetran; regulan todos nuestros movimientos, todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos; y así, cuando creemos desobedecerlas, no hacemos otra cosa que poner de manifiesto toda su omnipotencia.

Si; nosotros somos en absoluto esclavos de esas leyes. Mas en semejante esclavitud no hay humillación alguna, porque la esclavitud supone un amo externo, un legislador extraño á aquel á quien gobierna; y esas leyes no sólo no

están fuera de nosotros, sino que, por el contrario, son inherentes y constituyen nuestro ser, toda nuestra individualidad, física, intelectual y moralmente considerada; así vivimos, respiramos, obramos y pensamos solo en virtud de esas leyes. Sin ellas no somos nada, *no somos*. ¿De dónde, pues, podríamos deducir el poder y el deseo de rebelarnos contra su influencia?

En sus relaciones con las leyes naturales, solo esta libertad le queda al hombre: la de reconocerlas y aplicarlas progresivamente de conformidad siempre con el objeto de la emancipación individual y colectiva ó de la humanización del ser, propiamente hablando, que persigue. Esas leyes, una vez reconocidas, ejercen una autoridad, un poder nunca disputado por la masa de los hombres. Se necesita, por ejemplo, ser profundo teólogo ó cuando menos metafísico, jurista ó economista burgués para rebelarse contra la ley en virtud de la cual dos y dos son cuatro. Se necesita asimismo tener una fe á toda prueba para creer que el fuego no quema ni el agua aboga, excepto, en verdad, si se recurre á un subterfugio, fundado en otra ley natural también. Pero tales sediciones, ó mejor, tales esfuerzos y necios deseos de rebelarse, son decididamente una excepción; porque generalmente puede decirse que la totalidad de los hombres reconoce, en el curso de su vida, la autoridad del sentido común; esto es, la suma de las leyes naturales admitidas totalmente y de un modo casi absoluto.

La gran desgracia es que un crecido número de esas leyes ya establecidas como tales por la ciencia no es reconocido por las masas populares, gracias al cuidado y á la vigilancia de esos gobiernos tutelares que, como nadie ignora, existen solamente para bien del pueblo.

Otra dificultad importante es el hecho de que la mayor parte de las leyes naturales, las más estrechamente unidas al desenvolvimiento de la sociedad humana, tan invariables y esenciales como las leyes que gobiernan el mundo físico, no han sido todavía debidamente establecidas y reconocidas por la ciencia misma (1). Pero al fin serán reconocidas por

la ciencia, y entonces del dominio de la ciencia pasarán, por medio de un sistema progresivo de instrucción y educación popular, al dominio pleno de la conciencia de todos, quedando enteramente resuelto el problema de la libertad. Las autoridades más recalcitrantes necesitan admitir que entonces no habrá necesidad alguna ni de su dirección ni de su legislación, tres cosas que, ya emanen de la voluntad del soberano, ya del voto del Parlamento elegido por sufragio universal, y aunque fuera conforme al sistema de las leyes naturales—caso que no se ha dado ni se dará nunca—son siempre fatales y hostiles á la libertad de las masas, por la sencilla razón de que esas tres cosas les imponen un sistema de leyes externas y, por lo tanto, despóticas.

La libertad del hombre consiste solamente en esto: en obedecer las leyes naturales, puesto que él mismo las ha reconocido como tales, y no porque lo sean impuestas por una voluntad externa cualquiera, divina, humana, colectiva ó individual.

Supongamos que una docta academia, compuesta de los más ilustres representantes de la ciencia, se encarga de la legislación y de la organización de la sociedad; supongamos también que esa academia, inspirándose en un amor puro por la verdad, no dicta otras leyes que aquellas que se hallen en absoluta armonía con los últimos descubrimientos de la ciencia: pues bien, por mi parte sostengo que semejante legislación, que una organización tal, sería una monstruosidad; y esto por dos razones: primera, porque la ciencia humana es siempre y necesariamente imperfecta, y si comparamos lo ya descubierto con lo mucho que queda por descubrir, podemos afirmar que mañana como hoy y hoy como ayer se halla todavía en su infancia. De suerte que si intentáramos constreñir, estricta y exclusivamente, la vida práctica de los hombres, ya sea individual ya colectivamente considerada, á los últimos principios de la ciencia, condenaríamos á la sociedad y á los individuos á sufrir el más terrible martirio en el lecho de Procusto, que concluiría pronto por separarlos y anularlos, permaneciendo, no obstante, la vida una cosa infinitamente más grande que la ciencia.

He aquí ahora la segunda razón: una sociedad que obedeciera la legislación emanada de una academia científica,

(1) Bakozini se refiere aquí, sin duda alguna, á las leyes económicas y á la ciencia social que, en efecto, se hallan aún en la infancia. (Nota del traductor.)

no porque entendiera el carácter racional de esta legislación (en cuyo caso la existencia de la academia sería perfecta-mente inútil), sino porque, emanando de la academia lo fuera impuesta en nombre de una ciencia que venerase sin comprenderla, tal sociedad no sería una sociedad de hombres, sería una sociedad de brutos. Esto sería una segunda edición de las misiones del Paraguay, tanto tiempo sometido al yugo y al gobierno de los jesuitas. Tal sociedad descerdería segura y rápidamente al más degradante estado de idiotismo.

Pero hay todavía una tercera razón que haría imposible semejante gobierno. Una academia científica, investida de la soberanía, por decirlo así, absoluta, aunque estuviera compuesta por los hombres más ilustres, terminaría pronto e inevitablemente por su propia corrupción moral e intelectual. Tal es aún hoy, con los privilegios de que gozan, la historia de todas las academias. El genio científico más grande, desde el momento mismo que ingresa en una academia, desde que llega á ser un *sabio* oficial con patente, cae de un modo inevitable en la pereza y en la ociosidad, pierde su espontaneidad, su ardor revolucionario y esa energía persistente y casi salvaje que caracteriza á los genios más brillantes, energía siempre llamada á destruir mundos viejos y á echar los cimientos de otros nuevos. Indudablemente gana en cortesía, en sabiduría práctica y utilitaria lo que pierde en energía y vitalidad su pensamiento; en una palabra, se apodera de él la corrupción.

Es de tal naturaleza el privilegio que su posesión mata el espíritu y el sentimiento de los hombres. El privilegiado, política ó económicamente, es un hombre de corazón y de espíritu depravados. Esta es una ley social que no admite excepciones y que es tan aplicable á las naciones como á las clases, á las corporaciones como á los individuos. Es la ley de la igualdad, la suprema condición de la libertad y de la humanidad y el objeto principal de este estudio es precisamente demostrar esta verdad en todas las manifestaciones de la vida humana.

Una corporación científica, á la cual le fuera conferido el gobierno de la sociedad, concluiría pronto por consagrarse, no ya á la ciencia, sino por completo á otra cosa; á lo que hacen todos los poderes establecidos: á trabajar por perpetuarse, por su propia conservación, embruteciendo cada vez

más á la sociedad confiada á su cuidado, y, por consiguiente, haciéndole sentir más vivamente la necesidad de su gobierno y de su dirección.

Y lo que es verdad una respecto á las academias científicas lo es también respecto á las asambleas constituyentes y legislativas, incluso las elegidas por sufragio universal.

En el último caso se renuevan los componentes, es verdad, pero esto no estorba la formación, en un corto espacio de tiempo, de un cuerpo político privilegiado de hecho, aunque no de derecho, que, consagrándose exclusivamente á la dirección de la cosa pública, constituye al fin una especie de aristocracia ó oligarquía política. Testigos irrefutables: Suiza y los Estados-Unidos de América.

Por consecuencia, nada de legislación, nada de autoridad externa, porque siendo inseparable la una de la otra, tienden ambas á la servidumbre de la sociedad y á la degradación de los legisladores mismos.

¿Se deduce de lo que dejo dicho que yo rechazo toda autoridad? Lejos de mí semejante pensamiento. En materia de zapatos, yo consulto la autoridad del zapatero; en todo lo concerniente á edificios, canales ó vías férreas, solicito la del arquitecto ó la del ingeniero. Para cada ciencia especial, yo me dirijo á tal ó cual sabio. Pero no consiento que ni el zapatero, ni el arquitecto, ni el sabio me impongan su autoridad. Los acepto, sí, libremente y con todo el respeto á que son acreedores por su inteligencia, por su carácter, por sus conocimientos, pero reservándome siempre el incontestable derecho de crítica y censura. Yo no consulto en cualquier materia una sola autoridad, sino varias; comparo sus opiniones y, finalmente, escojo la que me parece más justa. Por esto mismo no reconozco, aun en cuestiones especiales, autoridad alguna infalible; cualquier respeto que pueda tener á la sinceridad y honradez de tal ó cual individuo no me induce á tener una fe absoluta en persona alguna. Semejante fe sería fatal á mi razón, á mi libertad y aun al desenvolvimiento de mis ideas; me convertiría inmediatamente en un esclavo estúpido, en un instrumento de la voluntad y de los intereses de otro.

Si me inclino ante la autoridad ajena en un asunto dado, y acato en cierta manera y en tanto cuanto me parece necesario sus indicaciones y aun su dirección, es porque tal autoridad no me es impuesta por nadie, ni por Dios ni por

los hombres. De otro modo yo la repelaría con horror, dando al diablo sus consejos, su dirección y sus servicios, seguro de que tendría que pagar con la pérdida de mi libertad y de mi propio respeto tantos rostos de verdad, envueltos en una multitud de falsedades, como pudieran darme.

Acato la autoridad externa en materias determinadas, porque no me viene impuesta mas que por mi propia razón y porque tengo conciencia de mi incapacidad para poseer en todos sus detalles, en todo su desenvolvimiento positivo, una gran parte de los conocimientos humanos. La más grande inteligencia individual no puede igualarse á la inteligencia de todos, á la razón colectiva. De esto resulta para la ciencia, tanto como para la industria, la necesidad de la división y la asociación del trabajo. Dar y recibir, tal es la vida humana. Cada uno dirige y es dirigido á su vez. Por esto no hay autoridad fija y constante, sino un cambio continuo de autoridad y subordinación mutua, temporal y, sobre todo, voluntaria.

Esta misma razón me prohíbe, pues, reconocer una autoridad fija, constante y universal, porque no hay hombre alguno universal, hombre alguno capaz de abarcar en toda la riqueza de detalles, sin los que la aplicación de la ciencia á la vida es imposible, todas las ciencias, todas las ramas de la vida social. Y si tal universalidad pudiera hallarse en uno solo, y ésto, prevaleciendo de ello, quisiera imponer su autoridad al resto de los hombres, sería necesario arrojar del mundo social á semejante ser, porque su autoridad reduciría inevitablemente á sus semejantes á la esclavitud y la imbecilidad. Yo no creo que la sociedad deba maltratar á los hombres de talento, como precisamente sucede en nuestra época; pero tampoco creo que debe llevar tan lejos su complacencia con ellos y, menos aun, que les conceda privilegios ó derechos exclusivos, cualesquiera que sean; y esto por tres razones: primera, porque frecuentemente podría tomarse un charlatán por un hombre de genio; segunda, porque con tal sistema de privilegios, podría convertirse en charlatán un verdadero sabio; y tercera, porque esto valdría tanto como darse la sociedad á sí misma un amo.

En resumen. Nosotros reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, porque la ciencia no tiene otro objeto que la reproducción mental, reflexiva, y tan ordenada como sea

posible, de la leyes naturales inherentes á la vida material, moral é intelectual de los mundos físico y social, que realmente no constituyen mas que un mismo mundo dentro de la naturaleza. Fuera de esta autoridad, la única legítima, porque es racional y conforme á la libertad humana, nosotros declaramos á toda las demás falsas, arbitrarias y perniciosas.

Reconocemos la absoluta autoridad de la ciencia, pero rechazamos la universalidad é infalibilidad del sabio. En nuestra Iglesia—si se me permite usar por un momento esa palabra que detesto, pues la Iglesia y el Estado son mis dos puntos negros—en nuestra Iglesia, repito, como en la protestante, tenemos un jefe, un Cristo invisible: la ciencia; y como los protestantes, más consecuentes todavía que los mismos protestantes, no sufrimos ni papas ni concilios, ni concilios de cardenales infalibles, ni siquiera sacerdotes. Nuestro Cristo difiere del de los protestantes y cristianos en general en que este es un ser personal y el nuestro es impersonal; el Cristo de los cristianos, ya determinado en un pasado eterno, se presenta á sí mismo como un ser perfecto, en tanto que la determinación y perfección de nuestro Cristo, la ciencia, está siempre en lo futuro, lo cual equivale á decir que jamás llegarán á realizarse. Al reconocer, pues, la autoridad absoluta de la ciencia absoluta, entiéndase bien, no comprometemos en manera alguna nuestra libertad.

Al decir ciencia absoluta, quiero significar la ciencia verdadera y universal que reproduce idealmente, en su más completa extensión y en todos sus infinitos detalles, el universo, el sistema ó coordinación de todas las leyes naturales manifestadas por el incansante desenvolvimiento de los mundos. Es evidente que una ciencia tal, el objeto sublime de todos los esfuerzos del humano espíritu, nunca llegará á realizarse en su plenitud absoluta. Nuestro Cristo, pues, permanecerá eternamente incompleto y necesita abatir considerablemente el orgullo de sus representantes autorizados entre nosotros. Contra ese Dios hijo, en cuyo nombre pretenden sus representantes imponernos su autoridad insolente y pedantesca, nosotros apelamos al Dios padre, que es el mundo real, la vida real, pues él no es mas que la expresión bastante imperfecta de lo que nosotros somos, sus representantes inmediatos; nosotros, seres rea-

les que vivimos, trabajamos, luchamos, amamos, aspiramos gozamos y sufrimos.

Mas, si bien rechazamos la autoridad absoluta, universal ó infalible de los hombres de ciencia, nos inclinamos voluntariamente ante la autoridad respetable, aunque relativa, temporal y limitada, de los representantes de las ciencias especiales, pues nada mejor que consultarlos alternativamente agradeciendo mucho los preciosos informes que nos hubieren facilitado, á condición de que ellos los reciban nuestros voluntariamente en todas las ocasiones y en todas las materias en las que seamos nosotros más sabios que ellos. En general, no hay nada mejor que ver á los hombres dotados de grandes conocimientos, gran experiencia, gran inteligencia, y sobre todo de gran corazón, ejerciendo sobre nosotros una influencia legítima y natural, libremente aceptada y nunca impuesta en nombre de una autoridad cualquiera ya sea divina ó humana. Nosotros aceptamos todas las autoridades naturales y todas las influencias de hecho, pero ninguna de derecho; toda autoridad ó influencia de derecho, oficialmente impuesta como tal, se convierte de un modo directo en una opresión, en una falsedad, llevándonos inevitablemente, como creo haber demostrado, á la esclavitud y al absurdo.

En una palabra: nosotros rechazamos toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiada, oficial y legal, aun cuando provenga del sufragio universal, convencidos de que nunca podrá aprovechar mas que á una minoría dominante y explotadora, en detrimento de los intereses de la inmensa mayoría á ella sujeta.

Tal es el sentido en que nosotros somos realmente anarquistas.

**

Los idealistas modernos entienden la autoridad de muy diferente manera. Aunque libres de las supersticiones tradicionales de todas las religiones positivas existentes, dan, no obstante, á la idea de autoridad un significado divino, absoluto. Esta autoridad no es la de una verdad revelada milagrosamente ni tampoco la de una verdad científica y rigurosa demostración. Ellos le dan por base un razonamiento casi filosófico, gran parte de una fe vagamente

religioso y mucho tambien de abstracciones sentimentales y poéticas. Su religión es algo así como un último intento para divinizar todo lo que constituye la humanidad en los hombres.

Esto es justamente todo lo contrario de la obra que nosotros venimos realizando. En defensa de la libertad, de la dignidad y de la felicidad humanas, nosotros creemos que es deber nuestro arrancar al cielo los bienes que nos ha arrebatado y devolverlos á la tierra. Ellos, por el contrario, se esfuerzan por cometer un último latrocinio religiosamente heroico; ellos querrian restituir al cielo, á ese divino ratero, todo lo que la humanidad contiene de más grande, de más bello, de más noble. ¡Ahora les ha llegado el turno á los librepensadores para saquear el cielo con la audaz impiedad de su análisis científico!

Los idealistas creen, sin duda, que las ideas y las acciones humanas, si han de ejercer una mayor autoridad entre los hombres, necesitan estar revestidas de la sanción divina. Mas ¿cómo se manifiesta esa sanción? No por un milagro, como en las religiones positivas, sino por la grandeza ó santidad de las ideas y acciones: todo lo que es grande, todo lo que es bello, todo lo que es noble, todo lo que es justo es divino. En este nuevo culto religioso, cada hombre, inspirado en sus ideas, en sus acciones propias, llega á convertirse en sacerdote directamente consagrado por el mismo Dios. ¿Y la prueba? El hombre no necesita mas que la grandeza de las ideas que emite y de los hechos que realiza. Unas y otros son tan santos que solamente pueden ser inspirados por Dios.

Tal es en pocas palabras toda su filosofía, una filosofía de sentimiento, no real; una especie de pietismo metafísico. Esto resulta inocente, pero no lo es tanto como parece, porque la doctrina más precisa, más estrecha y más afectada, que se reviste de la ininteligible vaguedad de las formas poéticas, conduce á los mismos desastrosos resultados á que nos lleva toda religión positiva; esto es, á la más completa negación de la libertad y de la dignidad humanas.

Proclamar como divino todo lo que es grande, justo, real y bello en la humanidad equivale á declarar implícitamente que la humanidad por sí misma habria sido incapaz de producir tales cosas; es decir, que abandonada á sí misma, su propia naturaleza es miserable, inica, soez y repugnante.

Así es como volvemos á la esencia de todas las religiones; ó en otros términos, á la degradación de la humana especie por la mayor gloria de la divinidad. Y desde el momento que la inferioridad natural del hombre y su incapacidad fundamental para elevarse por sí mismo (desamparado de toda inspiración, divina) á las ideas justas y verdaderas sea admitida es necesario aceptar todas las consecuencias teológicas, políticas y sociales de las religiones positivas. Desde el instante que Dios, el Sér Supremo y perfecto, se coloca frente á frente de la humanidad, los intermediarios divinos, los elegidos, los inspirados de Dios, surgen como por encanto para instruir, dirigir y gobernar, en su nombre, á la especie humana.

¿No podemos suponer que todos los hombres estén igualmente inspirados por Dios? Seguramente no tendría entonces necesidad de mediadores. Mas esta suposición es imposible, porque está plenamente negada por los hechos. Así, es indudable que tal suposición nos obligaría á atribuir á la inspiración divina todos los absurdos y errores en que incurrimos y todos los horrores, locuras, bajezas é infamias que se cometen en el mundo. Luego solo hay unos cuantos agraciados por la inspiración divina, los grandes hombres de la historia, los *genios virtuosos*, como les llama el ilustre ciudadano, el gran profeta de Italia, Giuseppe Mazzini. Inmediatamente inspirados por Dios mismo, y apoyados en el consentimiento universal, expresado por el sufragio popular, *Dio e popolo*, esos son los llamados á gobernar y dirigir las sociedades humanas (1).

He ahí cómo volvemos á caer bajo el yugo de la Iglesia y del Estado. Ciertamente en esta organización nueva, debida, como todas las viejas organizaciones políticas, á la *gracia de Dios*, pero apoyada esta vez, cuando menos en la forma, á guisa de concesión necesaria al espíritu moderno y como en los preámbulos de los decretos imperiales de Napoleón III, por la pretendida *volumad del pueblo*, la Iglesia ya no se llamará Iglesia, se llamará Escuela. ¿Y qué importa? En los bancos de esa escuela no se sentarán solamente los ni-

(1) En Londres el una vez á Luis Blanc exponer la misma idea. «La mejor forma de gobierno, me dijo, sería la que apelase siempre á los hombres de genio virtuoso para el arreglo de los negocios públicos.»

ños; allí se hallará también el menor de edad eterno, el discípulo que se reconoce por siempre impotente para sufrir exámenes, para elevarse á los conocimientos de sus maestros, para escapar á la disciplina: el pueblo. El Estado ya no será una monarquía, será una república; pero siempre será el Estado; esto es, la tutela oficial y regularmente establecida por una minoría de hombres competentes, *hombres de genio, de talento y de virtud*, que dirigirán y velarán por la conducta de ese muchacho grande, revoltoso é incorregible: el pueblo. Los profesores de esa escuela y los funcionarios de ese Estado se llamarán republicanos, pero nunca serán mas que los tutores de la sociedad, y el pueblo seguirá siendo lo que hasta aquí, el rebaño. Un aviso á los esquilados, porque en donde hay un rebaño necesariamente ha de haber también pastores que le esquilan y le devoren.

El pueblo en este sistema será el discípulo, el escolar eterno. A pesar de su soberanía, totalmente ficticia, continuará sirviendo de instrumento á propósitos, designios é intereses que no son los suyos propios. Entre esta situación y lo que nosotros llamamos la libertad, la verdadera y única libertad, hay un abismo. La antigua opresión, la antigua esclavitud, bajo nuevas formas, he ahí todo: y en donde hay esclavitud, hay miseria, hay brutalidad, hay verdadero *materialismo social*; clases privilegiadas en un lado y masas de trabajadores en el otro.

Al divinizar las cosas humanas, los idealistas, siempre concluyen en el triunfo de un materialismo brutal. Y esto tiene una razón muy sencilla: lo divino se evapora y se eleva á su propia patria, el cielo, mientras lo brutal permanece realmente sobre la tierra.

Un día le pregunté á Mazzini qué medidas se tomarían para emancipar al pueblo, una vez definitivamente establecida su república unitaria.

—«La primera medida, me respondió, sería la fundación de escuelas para el pueblo.»

—«¿Y qué le enseñarían al pueblo en esas escuelas?»

—«Los deberes del hombre, el sacrificio y la abnegación.»

—«Pero ¿en dónde hallar un número suficiente de profesores para enseñar esas cosas cuando nadie tiene derecho ni facultad de enseñar á menos que sea con el ejemplo? ¿No es excesivamente limitado el número de hombres que ha-

Ha el supremo placer en el sacrificio y en la abnegación? Los que se sacrifican en servicio de una idea grande si obedecen á una pasión sublime y satisfacen una pasión personal, fuera de la cual la vida misma pierde todo valor á sus ojos, piensan generalmente algo también en apoyar su acción en la doctrina, mientras que los que la enseñan se olvidan comúnmente de traducirla en hechos, por la sencilla razón de que la doctrina mata la vida, la espontaneidad vivificante de la acción.

Los hombres como Mazzini, cuyas doctrinas y cuyos hechos forman una admirable unidad, constituyen una excepción muy rara. En el cristianismo también ha habido hombres grandes y santos que han practicado realmente ó que, cuando menos, han tratado de practicar con una pasión ardiente todo lo que predicaban, y cuyos corazones, embağados de un amor purísimo, desdeñaban todos los placeres y bienes de este mundo.

Pero la inmensa mayoría de los sacerdotes católicos y protestantes, que ha tomado y toma todavía por oficio la predicación de las doctrinas de castidad, abstinencia y pobreza, desmiente sus enseñanzas con sus ejemplos. Así la experiencia de algunos siglos ha hecho que, no sin razón, pasen como proverbios entre el pueblo de casi todos los países las siguientes frases: *libertino como un sacerdote; glotón como un sacerdote; ambicioso como un sacerdote; codicioso, injurioso como un sacerdote*. Está, pues, fuera de toda duda que los profesores de las virtudes cristianas consagrados por la Iglesia, los curas, en su inmensa mayoría, han hecho siempre todo lo contrario de lo que han predicado. Esta mayoría misma, universalidad del hecho, prueba que la falta no puede atribuirse á los individuos sino á la posición social, imposible y contradictoria, en que se hallan colocados los mismos individuos.

El estado social de los ministros cristianos envuelve una doble contradicción. Esta tiene dos términos irreductibles por expresión: la doctrina de castidad, abstinencia y pobreza, y las tendencias y necesidades positivas de la naturaleza humana, tendencias y necesidades que en algunos casos, siempre muy raros, pueden darse al olvido, ser suspendidas y aún enteramente anuladas por la influencia constante de pasiones potentes y determinadas de naturaleza moral é intelectual; que en ciertos momentos de exaltación colectiva

pueden también olvidarse y desentendarse durante algún tiempo por una gran masa de hombres á la vez, pero que son tan fundamentales, tan inherentes á la naturaleza humana, que tarde ó temprano, más ó menos pronto, recobran todo su imperio: tanto que cuando no hallan satisfacción de un modo regular y normal, la obtienen al fin por medios repugnantes y monstruosos. Esta es una ley natural, y por consecuencia fatal é ineludible, bajo cuya desastrosa acción caen inevitablemente todos los sacerdotes cristianos, sobre todo los de la Iglesia católica y romana.

Pero hay otra contradicción común á los sacerdotes de ambas sectas, contradicción que alcanza á los directores mismos de más elevada posición, de más señalada alcurnia. Un amo que manda, oprime y explota es un personaje completamente lógico y natural. Mas un amo que se sacrifica por sus subordinados, por sus privilegios divinos ó humanos, es un ser contradictorio y perfectamente imposible. Esta es la constitución misma de la hipocresía, tan bien personificada por el papa que á sí propio se llama *el más humilde siervo de los siervos del Señor*; en prueba de lo cual, siguiendo el ejemplo de Cristo, todavía lava una vez al año los pies de doce mendigos romanos, y se proclama al mismo tiempo vicario de Dios, director infalible y absoluto del mundo. ¿Necesitaré repetir que los ministros de todas las Iglesias, lejos de sacrificarse por sus fieles, los sacrifican siempre, los explotan y los retienen en la condición de mansos corderos, parte para satisfacer sus propias pasiones personales, parte para servir la omnipotencia de la Iglesia? Las mismas circunstancias, las mismas causas producen siempre iguales efectos. Luego, lo que sucede con los pastores religiosos, sucederá igualmente con los profesores de las modernas escuelas, inspirados por la divinidad y patrocinados por el Estado. Llegarán necesariamente á enseñar, unos inconscientemente y con pleno conocimiento de causa otros, la doctrina del sacrificio del pueblo en aras del poder y del Estado y provecho de las clases privilegiadas.

¿Quiere esto decir que es necesario eliminar de la sociedad toda instrucción y abolir todas las escuelas? Muy lejos de eso. Es preciso, por el contrario, difundir la instrucción entre las masas á toda costa, convirtiendo todas las iglesias, todos esos templos dedicados á la gloria de Dios y á la esclavitud de los hombres, en escuelas de la emancipación hu-

mana. Pero entendámonos: las escuelas propiamente dichas, en una sociedad normal, fundada en la igualdad y en el respeto á la libertad humana, deberían existir solamente para los niños, no para los adultos; y para que las escuelas sirvan á la emancipación y no á la esclavitud de los hombres, necesario será eliminar antes que nada esa ficción de Dios, el esclavizador eterno, absoluto. La instrucción y la educación completa de los niños deberán fundarse en el desenvolvimiento científico de la razón, no en el de la fe; en el desarrollo de la dignidad y de la independencia; en el culto de la verdad y de la justicia, y sobre todo en el respeto de la humanidad, que reemplazará siempre y en todas partes al culto de la divinidad. El principio de autoridad, en la educación de los niños, es el punto de partida natural; es necesariamente legítimo cuando se aplica á los niños de tierna edad cuya inteligencia no se ha desarrollado todavía. Pero como el desenvolvimiento de todas las cosas, y por ende el de la educación, implica la negación gradual del punto de partida, la autoridad, este principio debe ir desapareciendo á medida que la educación y la instrucción vayan avanzando, y así quedará más ancho campo al desarrollo creciente de la libertad.

Toda educación racional no es en el fondo mas que la inmolación progresiva de la autoridad en beneficio de la libertad, y su objeto final debe ser la formación de hombres libres, llenos de amor y de respeto por la libertad de sus semejantes. Por esta razón el primer día de la vida escolar, suponiendo que en las escuelas reciban niños apenas capaces de articular algunas palabras, sería el de la mayor autoridad y el de la más completa ausencia de libertad, pero el último día de la vida escolar sería también el de la mayor libertad y el de la abolición absoluta del principio de autoridad, tanto divina como humana.

El principio de autoridad aplicado á los hombres cuando se hallan en la mayor edad es una monstruosidad, una negación flagrante de la humanidad, una fuente de esclavitud y depravación moral é intelectual. Desgraciadamente los gobiernos han dejado á las masas populares encenagarse en una ignorancia tan profunda, que va á ser necesario establecer escuelas, no solamente para los niños, sino también para el pueblo mismo. De esas escuelas será absolutamente eliminada la menor aplicación ó manifestación del prin-

cipio de autoridad. Ya no serán escuelas, serán academias populares, en donde no se conocerá la distinción de profesores y alumnos, á las que el pueblo acudirá libremente, si lo juzga necesario, para adquirir una instrucción libre, y en las que, rico con su propia experiencia, enseñará á su vez muchas cosas á los profesores que aporten conocimientos que él no tiene. Esta será entonces una enseñanza mutua, un acto de fraternidad intelectual entre la juventud instruída y el pueblo.

La verdadera escuela del pueblo, la escuela de todos los hombres es la vida. La sola autoridad grande y omnipotente, á la par que racional y natural, la única que nosotros respetamos es la del espíritu público y colectivo en una sociedad fundada en el mutuo respeto de todos sus miembros. Si hay una autoridad que no tiene nada de divina, totalmente humana, ante la cual nosotros nos inclinamos orgullosos, que no esclavizará por cierto á los hombres, sino que los emancipará. Será un millón de veces más poderosa, estoy seguro de ello, que todas vuestras autoridades divinas, teológicas, metafísicas, políticas y jurídicas establecidas por la Iglesia y por el Estado; más poderosa que vuestros códigos penales, vuestros carceleros y vuestros verdugos.

El poder del sentimiento colectivo ó espíritu público es hoy un asunto muy serio. Los hombres más propensos al crimen casi nunca osan desafiarlo, afrontarlo abiertamente. Ellos procurarán engañarlo, pero teniendo siempre mucho cuidado de no ser muy rudos con él, á menos que cuenten con el apoyo de una minoría más ó menos numerosa. No hay hombre, por poderoso que se crea, que tenga valor suficiente para afrontar el unánime desprecio de la sociedad; no hay quien pueda vivir sin sentirse apoyado cuando menos por el asentimiento y la estimación de una parte de la sociedad. Se necesita estar animado por una convicción grandísima y muy sincera para que un hombre tenga el valor de hablar y obrar contra la opinión de todos, y jamás un hombre depravado, mezquino y cobarde tendrá semejante valor.

No hay nada que como este hecho pruebe más terminantemente la solidaridad natural é inevitable que mantiene á los hombres unidos. Cada uno de nosotros puede comprobar esta ley todos los días tanto en sí mismo como en aquellos hombres con quienes sostenga relaciones. Pero

ai este poder social existe ¿por qué no ha sido suficiente hasta aquí para moralizar á los hombres? Sencillamente por que hasta aquí ese poder no se ha humanizado, porque la vida social, de la que es siempre fiel expresión, está basada, como sabemos, en el culto de la divinidad, no en el respeto humano; en la autoridad, no en la libertad; en el privilegio, no en la igualdad; en la explotación, no en la fraternidad de los hombres; en la iniquidad y en la falsía, no en la verdad y en la justicia. Por consecuencia su acción real, siempre en contradicción con las teorías humanitarias que profesa, ha ejercido constantemente una influencia depravada y desastrosa. No reprime el vicio ni el crimen, los fomenta. Su autoridad es, por lo tanto, una autoridad divina y antihumana; su influencia es dañosa y funesta. ¿Queréis hacer beneficiosa para la humanidad esa autoridad y esa influencia? Pues realizad la Revolución social. Haced que todas las necesidades sean realmente solidarias de tal manera que los intereses sociales y materiales de cada uno se conformen en un todo á sus deberes humanos. Para conseguirlo no hay mas que un medio: destruir todas las instituciones basadas en la desigualdad; establecer la igualdad económica y social y sobre estos fundamentos se levantarán la libertad, la moralidad y la solidaridad humanas.

*
**

Si, la concocencia necesaria del idealismo teórico es el más brutal materialismo práctico; no por cierto entre los que sinceramente lo predicán—porque el resultado que obtienen es ver todos sus esfuerzos condenados á la esterilidad—sino entre los que se esfuerzan por realizar sus preceptos en la vida y en la sociedad, en tanto que ésta se deje dominar por las doctrinas idealistas.

Para demostrar este hecho general que de primera intención parece extraño, pero que se explica naturalmente apenas se reflexione un poco sobre su naturaleza, nos son necesarias las pruebas históricas.

Comparad las dos últimas civilizaciones del mundo antiguo: la civilización griega y la civilización romana. ¿Cuál es la más materialista, la más natural por su principio ó punto de partida y la más humanamente ideal en sus resultados? Sin duda alguna la civilización griega. ¿Cuál, por

el contrario, es la más abstractamente ideal por el principio que la informa—sacrificando la libertad material del hombre á la libertad ideal del ciudadano, representado por la abstracción de las leyes jurídicas, y posponiendo el desenvolvimiento natural de la sociedad á la ficción del Estado—y cuál, no obstante, llegó á ser la más brutal en sus consecuencias? La civilización romana. Ciento que la civilización griega, como todas las civilizaciones antiguas, incluso la de Roma, fué exclusivamente nacional y tenía por base la esclavitud. Pero á pesar de esos dos grandes defectos, la civilización griega concibió y realizó el ideal humano; ennobleció é idealizó en realidad al hombre; transformó los rebaños humanos en libres asociaciones de hombres libres; creó por la libertad la ciencia y el arte, una poesía, una filosofía inmortal y los conceptos principales del respeto humano; y á la par que la libertad política y social, creó la libertad del pensamiento.

Al espirar la Edad Media, durante el período del Renacimiento, bastó que algunos emigrados griegos llevaran á Italia sus libros inmortales para que la vida, la libertad, el pensamiento, la humanidad, enterrados en el sombrío calabozo del catolicismo, volvieran á recobrar sus pérdidas grandezas, sus imperecederos laureles. La emancipación humana: tal fué el lema de la civilización griega. ¿Y cuál fué, en cambio, el de la civilización romana? La conquista con todas sus brutales consecuencias. ¿Y su última palabra? La omnipotencia de los Césares y, por tanto, la degradación y la esclavitud de las naciones y de los hombres.

Todavía hoy ¿qué es lo que mata, qué es lo que destruye brutal y materialmente en todos los países de Europa la libertad y la humanidad? el triunfo de los principios cesaristas ó romanos.

Comparad ahora dos civilizaciones modernas: la de Italia y la de Alemania. La primera representa indudablemente, en su carácter general, el materialismo; la segunda, por el contrario, representa el idealismo en su forma más abstracta, más pura y más transcendental. Veamos cuáles son los resultados prácticos de la una y de la otra.

Italia ha prestado ya inmensos servicios á la causa de la emancipación humana. Ella fué la primera que restableció y aplicó extensamente el principio de la libertad en Europa y que restituyó á la humanidad sus títulos de nobleza,

la industria, el comercio, la poesía, las artes, las ciencias positivas y la libertad del pensamiento. Aniquilada después por tres siglos de despotismo imperial y teocrático y arrastrada en el fango de su burguesía gobernante, reaparece hoy, sí, pero en una condición, es verdad, muy degradada en comparación con lo que fue en otros tiempos. Y, sin embargo, ¿cuánto difiere todavía de Alemania! En Italia, á pesar de esta decadencia temporal, pasajera, así lo espero, se puede vivir y respirar; humanamente hablando, rodeado de un pueblo que parece nacido para la libertad. Italia, la misma Italia burguesa, puede exhibir con orgullo nombres como Mazzini y Garibaldi. En Alemania se respira la atmósfera de una inmensa esclavitud política y social, filosóficamente explicada y aceptada por un gran pueblo con una resignación y una buena voluntad deliberadas. Sus héroes—hablo siempre de la Alemania actual, no de la Alemania del porvenir; de la Alemania aristocrática, burocrática, política y burguesa, no de la Alemania del Proletariado—sus héroes son todo lo contrario de Mazzini y Garibaldi: son los Guillermo I, representante feroz y natural del Dios protestante; Bismarck y Moltke, los generales Monteuiff y Werder. En todas sus relaciones internacionales, Alemania, destructora, conquistadora, siempre dispuesta á extender su propia y voluntaria esclavitud al territorio de sus vecinos; y desde su definitiva constitución como poder unitario se ha convertido en una amenaza, en un peligro para la libertad de Europa entera. Alemania es hoy, ó mejor dicho, representa el triunfo del más brutal servilismo.

Para demostrar cómo el idealismo teórico se convierte inevitablemente en materialismo práctico, basta citar el ejemplo de todas las Iglesias cristianas, y sobre todo la católica romana. ¿Qué hay más sublime, como ideal, más desinteresado, más ajeno á los intereses terrenales, que la doctrina de Cristo predicada por la Iglesia? Y ¿qué hay más brutalmente materialista que la práctica constante de esa misma Iglesia desde el siglo VIII, en que se estableció como poder definitivo? ¿Cuál ha sido y es aún el objeto principal de todas sus contiendas con los soberanos de Europa? Sus bienes temporales y sus rentas primero; su poder temporal y sus privilegios políticos después. Debemos hacerle, no obstante, la justicia de reconocer

que fué la primera que descubrió, en la historia moderna, esta incontestable verdad, pero muy poco cristiana: la riqueza y el poder, la explotación económica y la opresión política de las masas son los dos términos inseparables del reinado del idealismo divino en la tierra: la riqueza consolidando y aumentando el poder, éste descubriendo y creando nuevas fuentes de riqueza, y ambos asegurando, mejor que el martirologio y la fe de los apóstoles, mejor que la gracia divina, el buen éxito de la propaganda cristiana. Esta es una verdad histórica que las Iglesias protestantes, ó mejor sectas, no tardaron mucho en reconocer. Yo hablo, por supuesto, de las Iglesias independientes de Inglaterra, América y Suiza, no de las Iglesias subordinadas de Alemania. Estas no tienen iniciativa propia; hacen todo lo que sus directores, sus soberanos temporales, que son á la vez sus jefes espirituales, les mandan hacer. Nadie ignora que la propaganda protestante, especialmente en Inglaterra y América, está íntimamente ligada con la propaganda de los intereses mercantiles y materiales de esas dos grandes naciones, y que el objeto de esta última no es tan sólo el enriquecimiento y la prosperidad material de los países en que penetra en compañía de la palabra de Dios, sino más bien la explotación de los mismos en beneficio de ciertas clases que en su propio suelo se enriquecen por el pillaje y el agio.

En una palabra: no hay dificultad alguna en probar, con la historia en la mano, que la Iglesia, todas las Iglesias, cristianas ó no cristianas, han procurado siempre por medio de su propaganda espiritualista, á fin de acelerar y consolidar el mejor éxito de la misma, organizarse en grandes corporaciones para la explotación económica de las masas, explotación protegida y bendecida directa y especialmente por tal ó cual divinidad; que todos los Estados, desde su origen, con todas sus instituciones políticas y jurídicas y sus clases privilegiadas y dominantes, no han sido en lo temporal mas que ramas de esas diferentes Iglesias que han tenido por principal objeto la misma explotación á favor de minorías seculares indirectamente sancionadas por la Iglesia; y, finalmente, que, por lo general, la acción del buen Dios y de todos los ideales divinos en la tierra ha concluido siempre y en todas partes por fundar el materialismo creciente de los menos sobre el idealismo fanático y fanático de los más.

Lo que pasa á nuestra vista nos ofrece una nueva prueba. Exceptuando los grandes corazones, los espíritus grandes, aunque extraviados, que antes he citado, ¿quiénes son los más obstinados defensores del idealismo? En primer lugar, todas las cortes soberanas: Napoleón III, hasta poco tiempo ha, y su esposa Eugenia, todos sus principales ministros, cortesanos y ex mariscales, desde Rouher y Bazaine hasta Fleury y Piétri; los hombres y las mujeres todos del mundo oficial del Imperio que tan bien han idealizado y salvado á Francia; sus periodistas y sus *sabios*, los Casagnac, los Girardin, los Douvernois, los Veullot, los Leverrier, los Dumas... la negra falange, en fin, de jesuitas de capa larga y de capa corta, la pequeña y la grande burguesía francesa; los liberales *doctrinarios* y los liberales sin doctrina; los Guizot, los Thiers, los Jules Favre, los Pelletan y los Jules Simón, incondicionales defensores todos de la explotación burguesa. En Prusia, en Alemania, Guillermo I, el rey personificación actual del buen Dios en la tierra, todos sus generales, todos sus oficiales, todo su ejército que, fuerto en su fe religiosa, ha conquistado á Francia de la manera ideal que todos sabemos. En Rusia, el czar y toda su corte, los Mouravieff y los Berg, todos los piadosos asesinos que sujetaron á Polonia á la dominación extranjera. En todas partes, en fin, el idealismo religioso ó filosófico, traducción el uno más ó menos libre del otro, sirve hoy de enseña á la fuerza brutal y sanguinaria, á la explotación material más desvergonzada; en tanto, por el contrario, la bandera del materialismo teórico, la roja bandera de la igualdad económica y de la justicia social es enarbolada por el idealismo práctico de las oprimidas y hambrientas masas populares, de esas masas que realizarán en la tierra la libertad más completa y el derecho humano de cada uno en la fraternidad de todos los hombres.

¿Quiénes son los verdaderos idealistas, no los idealistas abstractos, sino los idealistas humanos; no los del cielo, sino los de la tierra, y quiénes son los materialistas?

..

Es evidente que la condición esencial del idealismo teórico ó divino es el sacrificio de la lógica y de la razón humanas, la renuncia de la ciencia. Observamos, por otra

parte, que todo el que defiende las doctrinas del idealismo se halla por fuerza al lado de los explotadores y tiranuelos de las masas populares. Esas son las dos grandes razones que parece debieran bastar para divorciar del idealismo á toda gran inteligencia, á todo corazón noble y magnánimo. ¿Cómo es entonces que nuestros ilustres idealistas contemporáneos, que no carecen por cierto ni de inteligencia, ni de corazón, ni de buena voluntad, y que han consagrado toda su existencia al servicio de la humanidad; cómo es, repetido, que persisten en sumarse con los representantes de una doctrina condenada y deshonrada?

Necesario es que estén influidos por poderosos motivos, que no pueden ser lógicos ó científicos desde el momento que la ciencia y la lógica han pronunciado su veredicto contrario á la doctrina idealista. Mucho menos puede ser una razón de mezquinos intereses personales, porque hombres tales están muy por encima de semejantes pequeñeces. Debe ser, pues, una razón moral poderosísima. ¿Cuál? Que esos hombres ilustres creen sin duda que las teorías ó doctrinas idealistas son esencialmente necesarias á la dignidad moral y á la grandeza del hombre, y que las teorías materialistas, por el contrario, le reducen al nivel del bruto, del bestia. ¡Cuando la verdad es completamente opuesta á esa creencia!

Ya he dicho que todo desenvolvimiento implica la negación del punto de partida. El principio ó punto de partida es la materia, según la escuela materialista; luego la negación es necesariamente ideal. Partiendo la escuela materialista de la totalidad del mundo real, ó de lo que se llama, por abstracción, materia, llega lógicamente á la idealización práctica; esto es, á la humanización, á la más completa emancipación de la sociedad. Invertidos los términos, y siendo el principio ó punto de partida, según la escuela idealista, el ideal, llega necesariamente á la materialización de la sociedad, á la organización de un despotismo brutal, de una explotación indigna é inoble bajo la forma de la Iglesia y el Estado. El desenvolvimiento histórico del ser humano, según el materialismo, es una ascensión, un perfeccionamiento progresivo; en el sistema idealista no puede ser mas que una continua caída.

Cualquiera que sea el problema humano que sometamos á nuestras investigaciones siempre surgirá la misma con-

tradición entre las dos escuelas. Así—como ya lo he observado—el materialismo parte de la animalidad para establecer la humanidad; el idealismo parte de la divinidad para establecer la esclavitud y condenar á las masas á un eterno embrutecimiento. El materialismo rechaza el libre albedrío y conduce al establecimiento de la libertad; el idealismo, en nombre de la dignidad humana, acepta el libre albedrío, y sobre las ruinas de la libertad funda la autoridad. El materialismo rechaza el principio de autoridad, porque lo considera lógicamente como corolario de la animalidad y porque el triunfo de la humanidad, el objeto y el significado principal de la historia solamente puede realizarse por la libertad. En una palabra, siempre veréis á los idealistas encenagados en el materialismo práctico y á los materialistas persiguiendo y realizando las aspiraciones y sentimientos más elevadamente ideales.

»

La historia en el sistema de los idealistas, como ya he dicho, no es más que una perpetua caída. Comienzan por un salto terrible, del que jamás se reponen, por el *salto mortal* desde las sublimes regiones de la idea pura y absoluta á la materia. ¡Y qué clase de materia! No á la materia eternamente activa y móvil, llena de propiedades y fuerzas, de vida y de inteligencias, como podemos observar en el mundo real; sino á la materia abstracta, empobrecida, reducida á la más completa miseria; á la materia forjada por los teólogos y los metafísicos, que de todo la han despojado para dárselo graciosamente á su señor, á su Dios; á la materia que desprendida de toda acción y movimiento propios, representa, en oposición á la idea divina, la estupidéz, la impenetrabilidad, la inercia y la inmovilidad absolutas. La caída es tan terrible, que la divinidad, la persona ó idea divina se derrumba, pierde la conciencia de sí misma y jamás la recobra. ¡Y en esta situación de desesperada se la obliga á realizar milagros! Porque desde el momento que la materia es inerte, todo movimiento que se verifique en el mundo, aun el más material, es un milagro, que solamente puede resultar de una interención providencial, de la acción de Dios sobre la materia. Y he ahí á esa pobre divinidad, medio aniquilada por su caída, que yace algunos

miles de siglos en tal desvanecimiento, despierta luego lentamente, se esfuerza en vano por adquirir algún recuerdo vago de sí misma, y cada movimiento que dirige en esta dirección sobre la materia se convierte en una creación, en un nuevo organismo, en un milagro nuevo. De esta manera pasa por todas las degradaciones de la materialidad y de la bestialidad: primero gas, sustancia química simple ó compuesta, mineral, se espasme luego por toda la tierra como organismo animal y vegetal, hasta que se concentra en el hombre. Aquí parece como que se repone porque enciende en el sér humano una chispa angelical, una partícula de su misma esencia divina: el alma inmortal.

¿Cómo ha conseguido introducirse una cosa absolutamente inmaterial en otra absolutamente material? ¿Cómo puede el cuerpo contener, encerrar, limitar, paralizar en su seno el espíritu puro? He ahí una de las cuestiones que solamente la fe, ese prejuicio, esa afirmación estúpida del absurdo puede resolver. Este es el más grande de los milagros. A nosotros nos basta con determinar los efectos, las consecuencias prácticas de ese milagro.

Después de miles de siglos de vanos esfuerzos por volver en sí, la divinidad, perdida y esparcida en la materia que anima y pone en movimiento, halla un punto de apoyo, una especie de foco para su propia concentración; este foco es el hombre, su alma inmortal singularmente aprisionada en un cuerpo perecedero. Pero como el hombre, individualmente considerado, es demasiado pequeño para contener la inmensidad divina, se le otorga una partícula muy pequeña, inmortal como el Todo, pero infinitamente más pequeña que el Todo mismo. De aquí se sigue que el sér divino, el sér absolutamente inmaterial, el Espíritu, es divisible como la materia. Otro misterio cuya solución pertenece por completo á la fe.

Si Dios cupiera en todos y cada uno de nosotros, todo hombre sería Dios mismo. Tendríamos una inmensa cantidad de dioses, limitado cada uno por los demás, pero todos al mismo tiempo infinitos: una cosa contradictoria en absoluto que implica la mutua destrucción de los hombres, la imposibilidad de que exista más que un Dios. Cuanto á las partículas, ya es otra cuestión: nada más racional que una sea limitada por otra y á la par más pequeña que el todo.

Examinemos esa otra contradicción.

Ser mayor ó menor es atributo de la materia, no del espíritu, como lo entienden los idealistas. Según los materialistas, el espíritu es solamente el resultado de todo el organismo material del hombre, ó sea de las funciones de ese mismo organismo, y la grandeza ó pequeñez del espíritu depende por lo tanto de la mayor ó menor perfección material del organismo humano. Pero esos mismos atributos de relativa limitación y grandeza no se comprenden en el espíritu como lo conciben los idealistas, espíritu absolutamente inmaterial, con existencia independiente de la materia. No puede, pues, haber limitación alguna, grandeza mayor ó menor, entre los espíritus, porque sólo hay un espíritu: Dios. Pretender todavía que las partículas que constituyen el alma humana, infinitamente pequeñas y limitadas, son al mismo tiempo inmortales, es llevar la contradicción á su último extremo. Mas esta es cuestión de fe; pasemos adelante.

He aquí la divinidad desmenuzada y alojada, por así decirlo, en partículas infinitamente pequeñas en un número inmenso de seres de todos sexos, edades, razas y colores. Este es un inconveniente grandísimo y una situación en demasía difícil y desgraciada, porque las partículas divinas son tan pequeñas que apenas se reconocen unas á otras en el principio de su existencia humana y empiezan por devorarse mutuamente. Por otra parte, en medio de este estado de barbarie y de brutalidad, en este estado animal por completo, esas partículas divinas, las almas de todos los seres humanos, conservan un recuerdo vago de su divinidad primitiva y son irresistiblemente arrastradas hacia el Todo; ellas se buscan unas á otras y buscan al Todo mismo. Es la propia Divinidad esparcida, extraviada en el mundo material, que se busca á sí misma en los hombres, y está tan embrutecida por esa multitud de prisiones humanas en que se halla desparramada, que al buscarse no hace mas que cometer disparates sobre disparates.

Comenzando por el fetichismo, se busca y se adora á sí misma, tanto en una piedra, como en un pedazo de madera, como en una cruz. Es probable que nunca hubiera descendido de la cruz, si la otra divinidad, la que no se permitió descender hasta la materia y se conserva por tanto en el estado de espíritu puro en las sublimes alturas

del ideal absoluto ó en las regiones celestiales, no hubiera tenido compasión de ella.

Y he aquí un nuevo misterio: la Divinidad dividiéndose en dos mitades, ambas igualmente infinitas, de las que una—Dios padre—permanece en las regiones puramente inmateriales, y la otra—Dios hijo—desciende hasta la materia. Observaremos que esas dos divinidades, separadas una de la otra, mantienen directamente relaciones continuas de abajo arriba y de arriba abajo; y estas relaciones, consideradas como un acto eterno, único y constante, constituyen el Espíritu Santo. Tal es, en su verdadero significado metafísico y teológico, el grande, el terrible misterio de la Trinidad cristiana.

Pero no perdamos el tiempo en divagar, y vengamos á lo que ocurre en la tierra.

Dios padre, viendo desde las alturas de su eterno esplendor, que el pobre Dios hijo, abatido por su caída, se hallaba tan *materializado* que no podía desprenderse de la forma humana, decidió venir en su ayuda. Entre este inmenso número de partículas á la vez inmortales, divinas é infinitamente pequeñas en que Dios hijo se había diseminado, Dios padre escogió las que más le agradaron, y eligió sus inspirados, sus profetas, sus hombres de genio virtuoso, los grandes bienhechores, los sabios legisladores de la humanidad: Zoroastro, Buda, Moisés, Confucio, Licurgo, Solon, Sócrates, el divino Platon, y sobre todos Jesucristo, la realización completa de Dios hijo, reunido al fin y concentrado en una persona humana; todos los apóstoles, San Pedro, San Pablo y San Juan, Constantino el Grande, Mahoma, luego Gregorio VII, Carlo Magno, Dante, y también, según algunos, Lutero, Voltaire, y Rousseau, Robespierre y Danton, y muchos otros grandes y santos personajes cuyos nombres es imposible reseñar; pero entre los cuales yo, como ruso, ruego no se olvide á San Nicolás.

..

Al fin, pues, hemos llegado á la manifestación de Dios sobre la tierra; pero inmediatamente que Dios aparece, el hombre se reduce á la nada. Se nos dirá que esto no es verdad desde el momento que el hombre mismo es una partícula de Dios. Distingamos: yo admito que una partícula de

un todo definido y limitado, por pequeña que sea, es una cantidad, un volumen positivo. Pero una partícula de lo infinitamente grande, comparada con él, es infinitamente pequeña. Multiplicad billones de billones por billones de billones: su producto, comparado con lo infinitamente grande, será siempre infinitamente pequeño, y lo infinitamente pequeño es igual á cero. Dios lo es todo: por esta razón el hombre, y con él todo el mundo real, el universo, no son nada. Imposible escapar á esta conclusión.

Dios se manifiesta, el hombre se anula; y cuanto más grande aparece la Divinidad, más misérable se nos presenta la Humanidad. Esta es la historia de todas las religiones y los efectos de todas las inspiraciones y legislaciones divinas. En la historia, el nombre de Dios es el arma terrible con que los inspirados, los grandes genios han destruído la libertad, la dignidad, la razón y la felicidad humanas. Primero tuvimos la caída de Dios, y ahora otra que nos interesa mucho más: la del hombre, ocasionada únicamente por la manifestación de Dios sobre la tierra.

Ved en qué error tan grande se hallan nuestros queridos é ilustres idealistas. Al hablarnos de Dios se proponen y desean elevarnos, emanciparnos, ennoblecernos; y, por el contrario, lo que hacen es oprimirnos y degradarnos. Con el nombre de Dios creen poder establecer la fraternidad entre los hombres, y resulta que sólo ocasionan el desprecio y el orgullo, siembran la discordia, el odio y la guerra y establecen la esclavitud. Porque con Dios vienen diferentes grados de inspiración divina; la humanidad se divide en hombres altamente inspirados, hombres menos inspirados y ciudadanos sin inspiración. Todos son igualmente insignificantes ante Dios, es cierto; pero comparados entre sí, unos son más grandes que otros, no sólo de hecho—lo cual sería de escasas consecuencias, porque la desigualdad de hecho desaparece en el seno de la colectividad cuando ésta no se funda en una ficción ó institución legal—sino de derecho divino, el cual constituye inmediatamente una desigualdad fija, constante é invencible. Los más inspirados deben ser obedecidos por los menos inspirados y por los que carecen de inspiración. He ahí el principio de autoridad bien establecido, y con él las dos instituciones fundamentales de la esclavitud: la Iglesia y el Estado.

**

De todos los despotismos, el de los doctrinarios ó inspirados religiosos es el peor. Son tan celosos de la gloria de su Dios y del triunfo de su idea que no tienen el menor sentimiento para la libertad, la dignidad, ni para los sufrimientos del hombre real, del sér viviente. El celo divino, la preocupación del ideal perfecto secan las almas tiernas, los corazones más sensibles, las fuentes del amor humano. Considerando todo lo que es, todo lo que sucede en el mundo desde el punto de vista de la eternidad ó de la idea abstracta, tratan las cosas pasajeras con desprecio; como si la vida de los seres reales, de los hombres de carne y hueso no estuviera compuesta de lo pasajero, de materia mortal, y como si ellos mismos no fuesen seres mortales y pecadores. Solamente la humanidad es permanente ó relativamente eterna porque se desenvuelve de un modo invariable de una generación á otra. Digo *relativamente* eterna, porque una vez destruído nuestro planeta—y no puede dejar de serlo más pronto ó más tarde desde el momento que todo lo que tiene principio tiene fin—una vez descompuesto nuestro planeta para servir indudablemente como elemento de otras nuevas formaciones del sistema del universo, el único realmente eterno, ¿quién sabe lo que será de todo nuestro desarrollo humano? No obstante, estando tan lejos aún el momento de esta disolución, podemos considerar á la humanidad, relativamente á la corta duración de nuestra vida, eterna.

**

La idea general es siempre una abstracción, y por lo mismo, en cierto modo, la negación de la vida real. La ciencia solamente puede asociarse y referirse al significado general de los hechos reales, sus relaciones, sus leyes; en una palabra, lo que es permanente en sus continuas transformaciones; pero nunca á su esencia material, individual, palpitable, por decirlo así, de realidad y vida, y por lo mismo fugitivo é inapropiable. La ciencia comprende el pensamiento de la realidad, no la realidad misma; el pensamiento de la vida, no la propia vida. He ahí su límite, su límite

verdaderamente infranqueable, porque está fundada en la naturaleza misma del pensamiento que es su único órgano.

Sobre esta propiedad esencial están basados los indisputables derechos y la gran misión de la ciencia, aunque también su importancia vital, como asimismo su acción perjudicial, cuando por medio de sus representantes oficiales, reclama arrogantemente el derecho de gobernar la vida. La misión de la ciencia es establecer las relaciones generales de las cosas en su naturaleza real y temporal; reconocer las leyes también generales é inherentes al desenvolvimiento de todo fenómeno físico y social; fijar, por así decirlo, los jalones inmutables de la marcha progresiva de la humanidad y determinar las condiciones generales que es necesario observar rigurosamente, siempre por fatalidad ignoradas ó olvidadas.

En una palabra, la ciencia es el compás de la vida, pero no es la vida. La ciencia es inmutable, impersonal, general, abstracta, insensible, como las leyes de que no es más que una reproducción ideal, reflejada ó mental, esto es, cerebral (uso esta palabra para recordar que la ciencia misma no es más que un producto material de un órgano también material: el cerebro). La vida es totalmente fugitiva y temporal, pero palpitante asimismo de realidad é individualidad, sensibilidad, sufrimientos, placeres, aspiraciones, necesidades y pasiones. Sólo ella crea espontáneamente cosas y seres reales. La ciencia no crea nada: establece y reconoce únicamente las creaciones de la vida. Siempre que los hombres científicos, colocándose fuera de su mundo abstracto, se mezclan á la creación viviente en el mundo real, todo lo que se proponen ó crean es pobre, ridículamente abstracto, inanimado, sin vida, porque nace muerto, en estado de feto, como el *homunculo* creado por Wagner, el pedante discípulo del inmortal Doctor Fausto. De esto se sigue que la única misión de la ciencia es ilustrar, iluminar la vida, no gobernarla.

El gobierno de la ciencia y de los hombres de ciencia, aun cuando se llamen positivistas, discípulos de Augusto Comte, ó bien discípulos de la escuela doctrinaria del comunismo germánico, siempre será impotente, ridículo, inhumano, cruel, opresivo, explotador y malfísico. Se puede decir de los hombres de ciencia, como tales, lo que he di-

cho de los teólogos y metafísicos: que no tienen sentimiento alguno ni corazón para los demás individuos ó seres vivientes, consecuencia natural de su profesión. Como hombres de ciencia no pueden ocuparse más que de generalidades, de leyes absolutas, y no sirven para otra cosa.

La individualidad real y viviente no es perceptible sino por otra individualidad viviente, no por una individualidad pensante, ni por el hombre que por una serie de abstracciones se coloca fuera del contacto inmediato de la vida: para tales hombres no puede existir aquélla mas que como un ejemplar más ó menos perfecto de la especie; esto es, de una abstracción determinada. Si es un conejo, por ejemplo, por bueno, por hermoso que sea, el sabio lo descuartará, en la esperanza de determinar, en virtud de su destrucción, la naturaleza general, la ley de la especie.

Si nada se opusiera á ello, ¿no hallaríamos aún en nuestros días un número de fanáticos capaz de verificar los mismos experimentos con el hombre? Y si todavía los sabios naturalistas no diseccionan al hombre en vida es por que no se lo permite, no la ciencia, sino la protesta unánime de la humanidad. Aunque pasan las tres cuartas partes de su existencia en el estudio, y forman en la organización actual una especie de mundo aparte—lo cual debilita la sensibilidad de sus corazones—no son exclusivamente hombres de ciencia, sino también hombres más ó menos reales y vivientes.

No debemos, sin embargo, confiar en esto. Aunque estemos bien seguros de que un sabio no se atrevería á tratar á un hombre como trata á un conejo, hay que vivir siempre recelosos de que los sabios, como corporación, sometan á los hombres en vida á experimentos científicos, muy interesantes sin duda, pero no menos desagradables para sus víctimas. Si no pueden hacer sus experimentos en el cuerpo de los individuos, tratarán de hacerlos sobre el cuerpo social, y de esto es de lo que hay que guardarse en absoluto.

En su actual organización, que les reserva el monopolio de la ciencia y les permite permanecer fuera de la vida social, los sabios constituyen una casta aparte, por muchos conceptos análoga á la de los curas. La abstracción es su Dios, los individuos sus víctimas y ellos los sacrificadores oficiales irresponsables.

La ciencia no puede salir de la esfera de las abstracciones.

En este concepto es decididamente inferior al arte que, si bien sólo se ocupa en tipos y situaciones generales, los encarna y los particulariza por un artificio que le es propio. Sin duda que esas formas del arte no son la vida, pero no dejan por eso de excitar poderosamente en nuestra imaginación el sentimiento y el recuerdo de la misma; el arte, en cierto modo, individualiza los tipos y situaciones que concibe; por medio del caudal de individualidades sin carne y sin hueso y, por lo tanto, permanentes é inmortales que el arte tiene el poder de crear, nos devuelve las individualidades vivientes y reales que aparecen y desaparecen á nuestra vista en el curso de la vida. El arte es, pues, algo así como la vuelta de la abstracción á la vida. La ciencia, por el contrario, es el sacrificio perpetuo de la vida, fugitiva y temporal, pero real, en el altar de las abstracciones eternas.

La ciencia es tan incapaz de retener en su dominio la individualidad de un hombre como la de un conejo. No es que desconozca el principio de la individualidad; lo concibe perfectamente como principio, pero no como hecho. Sabe muy bien que todas las especies animales, incluso la especie humana, no tienen existencia real fuera de un número indefinido de individuos que nace y muere para dejar lugar á nuevos individuos igualmente perecederos. Sabe también que, al elevarse desde las especies animales inferiores á las más superiores, el principio de la individualidad es cada vez más pronunciado, que los individuos se manifiestan con mayor libertad y más completos. Sabe, asimismo, que el hombre, el último y más perfecto animal en la tierra, nos ofrece una individualidad más completa y más marcada á causa de su poder para concebir, concretar, personificar, tal cual es en su existencia privada y social, la ley universal. Sabe, finalmente, cuando no está viciada por el doctrinarismo teológico, metafísico, político ó jurídico, ó tal vez por un orgullo mezquino, cuando no es insensible á los instintos y aspiraciones de la vida, sabe, y esta es su última palabra, que el respeto al hombre es la ley suprema de la Humanidad, y que el objeto real, grandioso de la historia, su único y legítimo objeto, es la *humanización*, la emancipación, la libertad real y la felicidad de cada uno de los individuos que constituyen la sociedad. Porque si nosotros no cayéramos en las ficciones liberticidas del

bien público representado por el Estado, ficciones siempre fundadas en el sacrificio sistemático del pueblo, sería preciso que reconociéramos implícitamente que la libertad y la prosperidad colectivas existen tan sólo en tanto cuanto representan la suma de libertad y bienestar de los individuos.

Si; la ciencia sabe todas estas cosas, pero no puede profundizarlas, no puede ir más allá. Siendo la abstracción su misma naturaleza, puede concebir bastante bien el principio de la individualidad real y viviente, pero no tener tráfico, relación alguna con esas mismas individualidades; se ocupa de los individuos en general, pero no de Pedro ni de Juan, no de este ó del otro, que para ella no existen. Sus individuos, lo repito, no son mas que abstracciones.

Por tanto, no son las individualidades abstractas, sino las activas y vivientes, las que escriben la historia. Las abstracciones sólo se mueven impelidas por el hombre real. Para este sér creado, no tan sólo por la idea, sino por la realidad también, la ciencia no tiene corazón.

Lo considera, cuando más, como *materia para el desenvolvimiento social é intelectual*. ¿Qué le importan las condiciones particulares y la suerte fortuita de Pedro ó de Juan? La ciencia se ridiculizaría, abdicaría, aulándose á la par, si quisiera ocuparse de ellos mas que como ejemplos, como comprobantes de sus eternas teorías. Y sería ridículo odiarla porque hace esto, puesto que obedece sus propias leyes. No puede dominar lo concreto, sino moverse solamente en lo abstracto. Su misión es ocuparse de la situación y de las condiciones generales de la existencia y el desenvolvimiento ya de la especie humana por completo, ó ya de tal cual raza, de este ó del otro pueblo, de aquella clase ó categoría de individuos en particular: las causas generales de su prosperidad, de su decadencia y los medios mejores de asegurar su progreso en todos sentidos. Con tal que llene su cometido amplia y racionalmente, habrá cumplido todos sus deberes, y sería verdaderamente injusto exigirle más.

Pero sería igualmente ridículo y desastroso encomendarle una misión que es incapaz de llenar, puesto que su misma naturaleza le obliga á ignorar la existencia y la suerte de Juan y de Pedro. Continuaría desconociéndolas, pero sus representantes legales, hombres no abstractos en absoluto, sino, por el contrario, de una realidad evidente,

unidos por sus intereses á la sociedad, cederían á la influencia perniciosa que el privilegio ejerce de un modo fatal sobre los hombres; y finalmente, despojarían á los demás seres en nombre de la ciencia, de igual modo que hasta aquí lo han hecho los curas, los políticos de todos los colores y los legisladores, ya en nombre de Dios, ya en el del Estado, ya en el del Derecho jurídico.

Lo que yo propago, pues, hasta cierto punto, es la *revolución de la vida contra la ciencia*, ó mejor contra el *gobierno de la ciencia*; y para destruirla—esto sería un crimen de lesa humanidad—sino para limitarla á sus verdaderas funciones, de tal modo que jamás pueda abandonarlas. Hasta ahora toda la historia humana no ha sido mas que una inmolación perpetua y sangrienta de millones y millones de pobres seres humanos en aras de una despiadada abstracción: Dios, patria, poder del Estado, honor nacional, derechos históricos, derechos jurídicos, libertad política, bien público; tal ha sido hasta hoy el movimiento natural, espontáneo é inevitable de las sociedades humanas. Nosotros no podemos deshacerlo; nosotros necesitamos someternos al pasado como nos sometemos á todas las fatalidades actuales. Necesitamos creer que ese fué el único medio posible de educar á la especie humana. No tenemos para qué hacernos ilusiones: aunque podamos atribuir la mayor parte al magnivelismo de las clases gobernantes, tenemos que reconocer que no hay minoría bastante poderosa para imponer todos esos sacrificios á las masas si las mismas masas no hubieran obedecido á un movimiento vertiginoso y espontáneo que las empujaba á su propio sacrificio, ahora en aras de una, luego de otra de esas abstracciones devoradoras, vampiros de la historia siempre alimentados con sangre humana.

Que esto sea muy grato para los teólogos, los políticos y los juristas, nosotros lo comprendemos perfectamente. Los sacerdotes de esas abstracciones no viven mas que de la inmolación perpetua de las masas populares. Que los metafísicos dieran también su consentimiento no nos sorprende. Su única misión es justificar y razonar tanto como sea posible la iniquidad y el absurdo. Pero que la ciencia positiva misma demuestre iguales tendencias es un hecho que deploramos profundamente consignarlo. Lo hace así debido á dos razones: en primer lugar, porque, constituida

fuera de la vida, representa una corporación privilegiada; y en segundo lugar, porque hasta aquí ha estado poseída de que es el objeto final y absoluto de todo el desenvolvimiento humano. Por medio de una crítica más juiciosa, que la obligara á pasar sobre sí misma, comprendería, por el contrario, que solamente es un medio para la realización de un objeto más elevado: tal es el de la completa *humanización* de todos los individuos reales que nacen, viven y mueren sobre la tierra.

La inmensa ventaja de la ciencia positiva sobre el derecho teológico, metafísico, político y jurídico consiste en esto: que en lugar de las abstracciones falsas y funestas predicadas por esas escuelas, coloca las verdaderas abstracciones que expresan la naturaleza general y lógica de las cosas, sus relaciones generales y las leyes universales de su desenvolvimiento. He aquí lo que le asegurará para siempre una gran posición en la sociedad. Llegará á constituir en cierto modo la conciencia social; pero hay un aspecto en que se parece á todas las anteriores doctrinas: que siendo la abstracción su único objeto posible, se ve obligada, por su propia naturaleza, á desconocer los seres reales, fuera de los cuales las abstracciones verdaderas no tienen realidad alguna. Para remediar este defecto radical, la ciencia del porvenir procederá por un método diferente del seguido por las doctrinas del pasado. Estas se han aprovechado de la ignorancia de las masas para sacrificarlas voluptuosamente á sus abstracciones, las cuales, por lo visto, son siempre muy lucrativas para los que las representan. La ciencia positiva, reconociendo su incapacidad absoluta para concebir á las individualidades reales é interesarse por su suerte, debe renunciar definitiva y terminantemente al gobierno de las sociedades, porque si se metiera en esto, sería tan sólo para sacrificar continuamente á esos mismos seres reales que desconocen las abstracciones que constituyen el único objeto de sus legítimas preocupaciones.

La verdadera ciencia de la historia no existe todavía; apenas si empezamos hoy á entrever un destello de sus condiciones extremadamente complicadas. Pero supongámosla en la plenitud de su desenvolvimiento, ¿en qué podría favorecerse? Exhibiría una pintura racional y justa del desenvolvimiento natural de las condiciones generales, materiales é ideales, económicas, políticas y sociales, religiosas,

flosóficas, estéticas y científicas de las sociedades que han tenido una historia. Pero esta pintura universal de la civilización humana, cualesquiera que fueran sus detalles, no podría contener nunca más que apreciaciones generales, y por consiguiente *abstractas*. Los millones de individuos que han dado materia viviente y penosa á esa historia, á la vez triunfante y lúgubre—triumfante por la inmensa hecatombe de víctimas humanas—aplastadas bajo su carro—esos millones de individuos oscuros sin los cuales no se hubiera obtenido ninguno de los grandes resultados abstractos de la historia—resultados, notémoslo bien, que nunca han aprovechado en lo más mínimo—no han conseguido ni el más insignificante lugar en nuestros anales. Vivieron y fueron sacrificados en bien de la humanidad abstracta; he ahí todo.

¿Reprocharemos por ello á la ciencia de la historia? Esto sería injusto y ridículo. Los individuos son ininteligibles por el pensamiento, por la reflexión y aun por la palabra humana, que solamente es capaz de expresar abstracciones; son tan ininteligibles en el presente como lo fueron en el pasado. La ciencia social misma, la ciencia del porvenir continuará necesariamente desconociéndose. Todo lo que nosotros tenemos derecho á exigirle es que nos puntualice con lealtad y segura mano las *causas generales del sufrimiento individual*—entre estas causas no deben olvidarse sin duda la inmolación y la subordinación (todavía ¡ay! demasiado frecuentes) de los individuos vivientes á las generalidades abstractas—y que nos enseñe al mismo tiempo las *condiciones generales y necesarias de la emancipación total de los individuos que viven en la sociedad*. Tal es su misión, tales sus límites, fuera de los cuales la acción social de la ciencia es impotente y fanesta. Más allá de esos límites empiezan las pretensiones doctrinarias y gubernamentales de sus representantes legales, sus sacerdotes. ¡Es ya tiempo de acabar con esos pontífices, aunque se llamen demócratas socialistas!

Una vez más: la única misión de la ciencia es iluminar nuestro camino. Solamente la vida emancipada de todas las trabas gubernamentales y doctrinarias, devuelta á la plenitud de su libre acción, puede crear algo.

==

¿Cómo resolver esta antinomia?

De una parte la ciencia es indispensable á la organización racional de la sociedad, de otra es incapaz de interesarse por todo lo que es real y viviente.

Esta contradicción sólo puede ser resuelta de un modo: la ciencia necesita no permanecer por más tiempo fuera de la vida de todos, representada por un cuerpo de sabios honorables, sino, por el contrario, tomar asiento y difundirse entre las masas. La ciencia, que debe en adelante representar la conciencia colectiva de la sociedad, necesita realmente llegar á ser propiedad de todos y de cada uno. Por esto, sin perder nada de su carácter universal, del que no puede despojarse nunca sin dejar de ser ciencia, y en cuanto continúa refiriéndose exclusivamente á las causas generales y á las relaciones de los individuos y de las cosas, se abrirá camino en la vida real é inmediata de todos los individuos. Será un movimiento análogo á aquel que hizo decir á los predicadores al principio de la Reforma que no había necesidad de sacerdotes para el hombre, porque éste en adelante sería su propio sacerdote, así como todos los hombres, gracias á la intervención invisible de Jesucristo, podían engullirse á su buen Dios.

Pero no se trata aquí de Jesucristo, ni del buen Dios, ni de la política liberal, ni del derecho jurídico, cosas todas reveladas teológica ó metafísicamente y del mismo modo indigestas para la inteligencia. El mundo de las abstracciones científicas no es revelado; es inherente al mundo real del cual solamente es expresión y representación general ó abstracta. De otro modo forma una región separada, especialmente representada por los sabios á guisa de corporación, y en este caso, este mundo ideal amenaza reemplazar al buen Dios en el mundo real, reservando para sus representantes titulados el oficio de sacerdotes. Esta es la razón por que es necesario disolver la organización especial de los sabios por medio de la instrucción general, igual para todos y por todos, á fin de que las masas, dejando de ser los rebaños dirigidos y esquilados por los sacerdotes privilegiados, puedan tomar en sus manos propias la dirección de sus destinos (1).

(1) La ciencia, al llegar á ser patrimonio de todos, se unirá en cierto modo á la vida real é inmediata de cada uno. Ganará en utili-

Pero en tanto las masas no adquieren un grado tal de instrucción, ¿será necesario abandonarlas al gobierno de los hombres de ciencia? No ciertamente. Sería mejor para ellas dispensarse de la ciencia que permitir el gobierno de los sabios. La primera consecuencia del gobierno de esos hombres sería hacer inaccesible la ciencia al pueblo, porque las instituciones científicas existentes son esencialmente aristocráticas. ¡Una aristocracia del talento! La más implacable desde el punto de vista de la práctica y la más vana é insultante desde el punto de vista social, tal sería el poder establecido en nombre de la ciencia. Este régimen sería capaz de paralizar la vida y el movimiento de la sociedad. Los sabios, siempre presuntuosos, siempre arrogantes y siempre impotentes, querrían mezclarse en todo, y las fuentes de la vida se secarían bajo la influencia de sus abstracciones.

Una vez más: la vida, no la ciencia, crea la vida; la acción espontánea del pueblo mismo es la única que puede crear la libertad. Indudablemente sería una fortuna que la ciencia pudiera desde este día en adelante iluminar la marcha espontánea del pueblo hacia su emancipación. Pero mejor es la ausencia de luz que una luz incierta y temblorosa que sirve solamente para extraviar á los que la siguen. No en vano el pueblo ha atravesado un largo período histórico y pagado por sus errores el sufrimiento de siglos y siglos de miseria. El resumen práctico de sus dolorosas experiencias constituye una especie de ciencia tradicional que en cierto modo vale tanto como la ciencia teórica. En fin, una porción de esa juventud burguesa, los estudiantes, que siente repugnancia bastante por la falsedad, la hipocresía, la injusticia y la cobardía burguesas y tiene al mismo tiempo valor para volverle las espaldas y pasión sobrada para abrazar sin

dad y atractivo lo que pierda en orgullo, ambición y pedantería doctrinaria. Esto, sin embargo, no estorbará á los hombres de genio, mejor organizados para la especulación científica que la mayoría de sus contemporáneos, que continúan consagrados, como lo hacen hoy, exclusivamente á cultivar las ciencias y á prestar grandes servicios á la humanidad. Solamente no ambicionarán otra influencia social que la influencia natural ejercida en virtud de sus propios esfuerzos por toda inteligencia superior, ni otro premio que la satisfacción de un noble entusiasmo.—(Nota del autor.)

reserva la causa justa y humana del Proletariado, esa juventud será, como ya he expuesto, la instructora fraternal del pueblo; gracias á ella, no habrá ocasión propicia para establecer el gobierno de los sabios.

Si el pueblo se guarda del gobierno de los sabios, una razón muy poderosa le obligará á prevenirse contra el de los idealistas inspirados.

Cuanto más sinceros y creyentes son los sacerdotes son más peligrosos. La abstracción científica, ya lo he dicho, es una abstracción racional, verdadera en su esencia, necesaria á la vida, de la cual es la representación teórica, ó si se quiere, la conciencia. Debe, precisa ser absorbida y dirigida por la vida. La abstracción idealista, Dios, es un veneno corrosivo que destruye y descompone la vida, la falsifica y la mata. El orgullo de los sabios, no siendo mas que una arrogancia personal, puede ser humillado y anulado; el orgullo de los idealistas, no siendo personal, sino divino, es irascible é inexorable; necesita ser aniquilado, pues nunca se doblegará, y en tanto le quede un soplo de vida tratará de sujetar los hombres á su Dios; así es que los lugartenientes de Prusia, los idealistas prácticos de Alemania gustarían de ver al pueblo aplastado bajo la bota de su emperador. Es la misma fe, y el objeto, el fin, varían muy poco. El resultado es siempre la esclavitud y al mismo tiempo el triunfo del más horrible y del más brutal materialismo. No hay necesidad de demostrar esto en el caso de Alemania; se necesita estar ciego para no verlo.

El hombre, como toda la naturaleza viviente, es un sér enteramente material. El espíritu, la facultad de pensar, de recibir y reflejar diferentes sensaciones externas ó internas, de recordarlás cuando han pasado y reproducirlas con la imaginación, de compararlás y distinguirslas, de concebir abstractamente las determinaciones que le son comunes y crear así conceptos generales; y finalmente, de formar las ideas por grupos y combinar los conceptos de acuerdo con los diferentes métodos conocidos; la inteligencia, en una palabra, la única creadora de todo nuestro mundo ideal, es una propiedad del cuerpo animal y especialmente del organismo cerebral.

Nosotros conocemos esto de un modo indudable, por la experiencia de todos, que ningún hecho ha destruido jamás y que todo individuo puede comprobar en cualquier

momento de su vida. En todos los animales, sin exceptuar las especies más inferiores, podemos observar una inteligencia relativa que en la serie de las especies se desenvuelve proporcionalmente á la organización de cada una á medida que se aproxima á la del hombre, pero que solamente en él alcanza ese poder de la abstracción que constituye, propiamente hablando, el pensamiento.

La experiencia universal (1), que es el único origen, la fuente de todos nuestros conocimientos, nos enseña, por lo mismo, que la inteligencia va siempre unida á todo cuerpo animal, y que la intensidad, el poder de esta función animal, depende de la mayor ó menor perfección del organismo. Este resultado de la experiencia universal no es aplicable solamente á las especies animales; lo afirmamos asimismo en los hombres cuyo poder moral é intelectual depende tan claramente de la mayor ó menor perfección de su organismo como raza, como nación, como clase y como individuo, que no necesitamos insistir en este punto (2).

(1) La experiencia universal, sobre la cual descansaba la ciencia, es terminantemente distinta de la fe universal, sobre la cual los idealistas desean arraigar sus creencias: la primera es una afirmación real de los hechos; la segunda es tan solo una suposición de los hechos que nadie ha visto, y por consiguiente varían según la experiencia de cada uno. — (Nota del autor.)

(2) Los idealistas, todos los que creen en la inmortalidad y en la inmortalidad del alma humana deben hallarse muy embarranzados con la diferencia de inteligencias en las razas, en los pueblos y en los individuos. A menos que admitamos que las diferentes partículas han sido distribuidas irregularmente, ¿cómo explicarse semejante diferencia? Desgraciadamente hay un número considerable de hombres estúpidos, tontos y faltos de inteligencia, idiotas, en fin, por completo, ¿pueden estos hombres haber recibido en la distribución general una partícula á la vez divina y estúpida? Para ocupar á este dilema, los idealistas tienen que suponer necesariamente que todas las almas humanas son iguales, pero que las prisiones en que se hallan confinadas irremediablemente, los cuerpos humanos, son desiguales, algo más capaces unos que otros de servir como órganos para la intelectualidad para del alma. Según esto, unas tendrían á su disposición los mejores órganos, mientras que otras tendrían los más groseros. Pero estas son distinciones que el idealismo no puede emplear sin caer en la duda y en el más grosero materialismo. Porque es presencia de la absoluta inmaterialidad del alma, todas las diferencias corporales desaparecen, todo lo que es corporal, material, necesariamente aparece insignificante y grosero, de un modo igual y absoluto. El abismo que separa el alma del cuerpo, á la absoluta inmaterialidad de la absoluta mate-

Por otra parte, es indudable que ningún hombre ha visto aún ni ha podido ver el espíritu puro, despojado de toda forma material, separado de todo cuerpo animal, cualquiera que sea. Pero si nadie lo ha visto, ¿cómo han llegado los hombres á creer en su existencia? El hecho de esta creencia es cierto, y si no universal, como pretenden los idealistas, al menos muy general y bastante digno de toda nuestra atención. Una creencia general, tan necia como se quiera, ejerce una influencia demasiado poderosa en el destino de los hombres, porque permanecen ignorándola, ó bien la dejan á un lado dándola como artículo de fe.

Por lo demás, esta creencia se explica de una manera bastante racional. El ejemplo que nos ofrecen los niños y los adolescentes y aun muchos de los que han pasado de la mayor edad, nos demuestra que el hombre puede usar sus facultades mentales sin darse cuenta de la manera como las usa. Durante este período en que el espíritu funciona inconscientemente, durante esta acción de la inteligencia inocente ó creyente, el hombre, preocupado por el mundo exterior, aguijoneado por ese estímulo interno que se llama vida y por sus múltiples necesidades, crea una cantidad de fantasmas, conceptos ó ideas, por precisión muy imperfectos al principio y muy poco conformes á la realidad de las cosas y de los hechos que se esfuerza en expresar. No teniendo aún la conciencia de su propia acción inteligente, desconociendo todavía lo que él mismo ha producido, continúa elaborando esas fantasmas, esos conceptos, esas ideas, ignorando su origen *subjetivo*, esto es, humano, para considerarlos naturalmente como seres *objetivos*, como seres reales, que

realidad, es infinito. Por consiguiente, todas esas diferencias son no explicadas y lógicamente imposibles que existen al otro lado del abismo, es la materia, anula y vilipendia el alma, que no influye ni puede influir en lo más mínimo sobre aquélla. En una palabra, lo absolutamente inmaterial no puede ser construido, aprisionado y mucho menos expresado en cualquier grado que sea por lo absolutamente material. De todas las fantasmas groseras y materialistas (esto es, brutales, usando la palabra en el sentido que la emplean los idealistas) engendradas por la ignorancia y la estupidez primitivas de los hombres, la de un alma inmaterial es ciertamente la más grosera, la más estúpida, y nada prueba mejor la omnipotencia ejercida por los prejuicios del pasado aun sobre los más sanos espíritus que ver á los hombres dotados de una inteligencia superior hablando todavía de esta extravagante unión.

le son extraños, y que existen por su propia virtualidad.

Tanto fué esto así, que los pueblos primitivos, surgiendo lentamente de su inocencia animal, crearon sus dioses; y sin darse cuenta de que eran sus creadores únicos, los adoraron, considerándolos como seres reales infinitamente superiores y les atribuyeron la omnipotencia y se reconocieron sus inferiores, sus esclavos. A medida que las ideas humanas han ido desenvolviéndose, los dioses, que jamás han sido otra cosa que la revelación fantástica, ideal y poética de una imagen invertida, se han idealizado también. Ídolos groseros al principio, hanse convertido poco á poco en espíritus puros colocados fuera del mundo visible; y después, en el curso de la historia, se han confundido en un solo sér divino, puro, eterno, espíritu absoluto, creador y gobernador de los mundos.

En todo desenvolvimiento, justo ó falso, real ó imaginario, colectivo ó individual, el primer paso es siempre el más costoso, el primer acto el más difícil. Dado el primer paso, lo demás sucede naturalmente, como una consecuencia necesaria.

El paso más difícil en el desenvolvimiento histórico de esa terrible locura religiosa que continúa preocupándonos fué colocar semejante mundo divino fuera del mundo real. Este primer acto de locura, tan natural desde el punto de vista fisiológico, y por consiguiente necesario en la historia de la humanidad, no se realizó de un golpe. No sé cuántos siglos habrán sido necesarios para desarrollar esta creencia y darle una influencia gubernamental en las costumbres sociales de los hombres. Mas una vez establecida, fué omnipotente y se convirtió en una demencia al posesionarse del cerebro del hombre. Observad á un loco, cualquiera que sea el objeto de su locura, y podréis notar que la idea fija é indefinida que le preocupa la supone la cosa más natural del mundo, y que, por el contrario, las cosas reales que contradicen su monomanía le parecen ridículas, odiosas y tontas. Pues bien; la religión es una manía colectiva, poderosa porque es tradicional, porque su origen se pierde en la más remota antigüedad. Como locura colectiva, ha penetrado hasta lo más profundo de la existencia pública y privada de los pueblos, ha encarnado en la sociedad, y ha llegado á ser, por decirlo así, el alma y el pensamiento universal.

aep cdhs

Todos los individuos se ven envueltos por ella desde la cuna; la maman en los pechos de su madre, la absorben en todo lo que tocan, en todo lo que ven. Tanto les alimenta, tanto envenena y penetra todo su sér, que al fin, por poderoso que sea su espíritu, tienen que hacer esfuerzos inauditos para librarse de ella, y aun así nunca lo consiguen por completo. Buena prueba de esto son los idealistas modernos, los materialistas doctrinarios y los conservadores germánicos. No han podido deshacerse de la religión del Estado.

Una vez bien establecido y arraigado en la imaginación de las gentes el mundo sobrenatural, el mundo divino, el desenvolvimiento de los diferentes sistemas religiosos ha seguido su curso natural y lógico, conformándose, por otra parte, en todas las cosas al movimiento contemporáneo de las relaciones políticas y económicas, de las cuales ha sido en todas las épocas, en el mundo de las ilusiones religiosas, la reproducción verdadera, la consagración divina. Por esto la locura colectiva é histórica que á sí misma se llama religión se ha desenvuelto y desarrollado de un modo gradual á partir del fetichismo, pasando luego por todas las formas del politeísmo, hasta concluir en el monoteísmo cristiano.

El segundo paso en el desenvolvimiento de las creencias religiosas, indudablemente el más difícil después de establecido un mundo divino aparte, fué de seguro esa transición del politeísmo al monoteísmo, del materialismo religioso de los paganos á la fe espiritual de los cristianos.

Los dioses paganos—y esta es su principal característica—fueron, antes que otra cosa, dioses nacionales. Tan numerosos eran, que por necesidad conservaron siempre un carácter más ó menos material; ó mejor dicho, fueron tan numerosos porque eran materiales; puesto que la diversidad es uno de los principales atributos del mundo real. Los dioses paganos no fueron, pues, la negación estricta, exacta, de las cosas reales, sino su exageración fantástica.

Nosotros sabemos cuánto costó semejante transición al pueblo judío, transición que constituye, por así decirlo, su historia entera. En vano Moisés y los profetas predicaron el Dios único; el pueblo, relapso siempre en su idolatría primitiva, en su fe antigua, mucho más natural, en varios dioses buenos, materiales, humanos y palpables, continuó indiferente ante tales predicaciones. Jehová mismo, su úni-

co dios, el dios de Moisés y los profetas, fué un dios extremadamente nacional, puesto que servía tan solo para premiar y castigar á sus fieles, á sus escogidos, con argumentos materiales, muchas veces estúpidos, siempre groseros y crueles; no significa mas que la fe en su propia existencia é implica, por tanto, la negación de los dioses primitivos. El Dios de los hebreos no negaba la existencia de sus rivales; únicamente exigía á su pueblo que no los adorase de igual manera que á él le adoraba. Jehová era un dios celoso; por esto sin duda su primer mandato fué: «Yo soy el Señor tu Dios, y tú no adorarás á otros dioses mas que á mí.»

Jehová, pues, sólo era la primera encarnación material, pero muy tosca, del idealismo moderno. Por otra parte, no pasó de ser un dios nacional, como el dios eslavo adorado por los generales, esclavos sumisos y pacientes del emperador de todas las Rusias; como el dios germánico proclamado por los beatos y por los generales alemanes supeditados á Guillermo I de Alemania.

El Sér Supremo no puede ser un dios nacional; debe ser dios de la humanidad entera. Tampoco puede encarnarse en un sér material; precisa que sea la negación de toda materia; espíritu puro, en fin. Para la consagración del culto del Sér Supremo hacen falta, pues, dos cosas: primera, una realización de la Humanidad, tal cual es en sí, por la negación de las nacionalidades y de los cultos nacionales; segunda, un desenvolvimiento, ya muy avanzado, de las ideas metafísicas para espiritualizar al grosero Jehová de los hebreos.

La primera condición la realizaron los romanos, aunque de un modo negativo sin duda: la conquista de la mayor parte de los países conocidos de los antiguos y la destrucción de sus instituciones nacionales. A ellos debemos el establecimiento, sobre las ruinas de miles de viejos altares, de un dios único y supremo. Los dioses de todas las naciones conquistadas, reunidos en el Panteón, se anulaban mutuamente.

En cuanto á la segunda, la espiritualización de Jehová, fué efectuada por los griegos mucho antes de la conquista de su suelo por los romanos. Grecia, al final de su historia, también había recibido de Oriente un mundo divino que arraigó la fe tradicional de sus pueblos. En este período

instintivo, anterior á su historia política, Grecia desenvolvió y humanizó por medio de sus poetas y de un modo prodigioso ese mundo divino. En el comienzo de su historia contemporánea tuvo también una religión completa, la más simpática y noble de todas las religiones que han existido, en tanto que una religión, esto es, una mentira, puede ser noble y simpática. Sus grandes pensadores—ninguna nación los ha tenido tan grandes como Grecia—hallaron el mundo divino establecido no sólo fuera de sí mismos, en el pueblo, sino también en sí mismos, como un hábito del sentimiento y del pensamiento, y lo tomaron como punto de partida. Les hizo también mucho favor la circunstancia de no haber fundada teología alguna; esto es, de no haber esperado en vano reconciliar la razón naciente con los absurdos de tal ó cual religión, como hicieron los escolásticos de la Edad Media. Dejaron á los dioses fuera de sus especulaciones y se consagraron directamente á la idea divina, una, invisible, omnipotente, eterna, absolutamente espiritual ó impersonal. Los metafísicos griegos, pues, mucho más que los judíos, fueron los verdaderos creadores del dios cristiano. Los hebreos le agregaron tan solo la brutal personalidad de su Jehová.

Que un genio sublime como el divino Platon se hubiese convencido por completo de la realidad de la idea divina, nos demuestra cuán contagiosa, cuán potente es la tradición de la manía religiosa, aun en los más grandes espíritus. Sin embargo, esto no debe sorprendernos, puesto que en nuestros mismos días los más grandes filósofos después de Aristóteles y Platon, Hegel, por ejemplo, han hecho esfuerzos supremos por reponer sobre su trono transcendental ó celestial las ideas divinas, cuya objetividad ha demolido Kant por medio de una crítica desgraciadamente imperfecta y demasiado metafísica. Ciertamente Hegel realizó su obra de restauración de un modo tan impolítico que anuló para siempre la idea de Dios. El apartó de las ideas religiosas su carácter divino para probar á cuantos le leyeran que nunca fueron otra cosa que una creación del espíritu humano al correr en pos de sí mismo á través de la historia. Para poner fin á toda locura religiosa, á todo espejismo divino faltóle sólo la expresión de esas grandes palabras que se han pronunciado después de él, y casi al mismo tiempo, por dos espíritus magnánimos, ignorados uno

Pero la teología por sí sola no constituye la religión, así como los elementos históricos no bastan á constituir la historia. Al hablar de elementos históricos me refiero á las condiciones generales de un hecho real cualesquiera; por ejemplo: á la conquista del mundo por los romanos y al encuentro del dios de los judíos con la divinidad ideal de los griegos. Para fecundar los elementos históricos, para hacerlos sufrir una serie dada de transformaciones, es necesario un acto vital, espontáneo, sin el cual pueden aquellos permanecer durante muchos siglos en estado de elementos improductivos. El cristianismo no careció de este acto: tal fué la propaganda, el martirologio y la muerte de Jesucristo.

Nosotros no sabemos casi nada de ese personaje, pues cuanto nos dicen los Evangelios es tan contradictorio y fabuloso que apenas podemos admitir unos cuantos hechos reales y efectivos. Pero no puede ponerse en duda que él fué el predicador del pobre, el amigo y el consuelo del miserable, del ignorante, del esclavo y de la mujer, siendo precisamente por esto último muy querido. El prometió la vida eterna á todos los que sufren en la tierra, y el número de éstos es inmenso. Fué crucificado, como la cosa más natural del mundo, por los representantes oficiales de la moralidad y del orden público de aquella época. Sus discípulos y los discípulos de éstos, gracias á la conquista romana y á la destrucción de las barreras nacionales, se diseminaron por todo el globo y propagaron el Evangelio en la mayor parte de los países conocidos en la antigüedad. Por doquier fueron recibidos con los brazos abiertos por los esclavos y las mujeres, las dos clases más oprimidas, las que más sufrían, y, por consiguiente, las más ignorantes. Si hicieron algunos prosélitos entre los privilegiados y las gentes ilustradas, debieronlo en gran parte á la influencia de la mujer. La verdadera propaganda se hizo directa y exclusivamente entre el pueblo desgraciado y degradado por la servidumbre: tal fué la principal y la primera revolución del proletariado.

La gran honra del cristianismo, su incontrastable mérito y todo el secreto de su triunfo, sin precedente y aun perfectamente legítimo, consiste en haber apelado al pueblo, á los que sufren, á todos los que el mundo antiguo impuso un servilismo político é intelectual cruel y rígido, á la par

que les negó siempre los más elementales derechos humanos. De otro modo jamás hubiera prevalecido el cristianismo. La doctrina enseñada por los apóstoles de Cristo, tan consoladora como fué para los desgraciados, tuvo un carácter demasiado trastornador, demasiado absurdo desde el punto de vista de la razón humana para que los hombres ilustrados pudieran aceptarla. Observad si no con qué fruición el apóstol Pablo habla del *escándalo de la fe* y del tiempo de esa *divina tontería* rechazada por los poderosos y los sabios del siglo, pero aceptados con un apasionamiento sin límites por los crédulos, los ignorantes y los pobres de espíritu.

En verdad que el descontento de la vida debía ser muy profundo, que el corazón de las gentes debía haberse endurecido, que la carencia de entendimiento sería absoluta, para haber aceptado el más monstruoso de todos los absurdos, el absurdo cristiano.

Este no fué solamente la negación de todas las instituciones políticas, sociales y religiosas de la antigüedad; subvirtió en absoluto el sentido común, la razón humana. El mundo real, el sér viviente, era considerado como la nada; y en tanto que fuera de las cosas reales, siempre fuera de la ideas de tiempo y espacio, el último producto de la facultad abstractiva del hombre reposa en la contemplación del vicio y de su inmovilidad absoluta, esa abstracción, ese *caput mortuum*, absolutamente falto de todo contenido, la verdadera nada, Dios, es proclamado el único sér real, eterno y todopoderoso. El Todo real es declarado nulo, y la nada absoluta el Todo. La sombra se convierte en cuerpo y éste se desvanece como una sombra (1).

Todo esto fué audaz y absurdo, el verdadero *escándalo de la fe* para las masas; fué el triunfo de la estupidez crédula sobre la inteligencia, y en algunos casos la ironía de un espíritu corrompido, fatigado, desilusionado y mal ave-

(1) Yo sé demasiado bien que en los sistemas teológicos y metafísicos de Oriente, y particularmente en la India, incluso en el budista, radica el principio de anulación del mundo real en favor de la abstracción ideal y absoluta. Pero no tiene el carácter de negación voluntaria y deliberada que distingue al cristianismo; cuando esos sistemas fueron concebidos, el mundo del pensamiento humano, de la voluntad y de la libertad no había alcanzado ese desarrollo que se manifestó después en la civilización griega y romana.—(N. del A.)

rido con la verdad sería y habría; así, en fin, una necesidad, la de atrofics y subsecoras, necesidad sentida tan fuertemente por los espíritus metafísicos. Crede può salvarsi. (Yo no sé cómo es el absurdo, sino que crea en el procedimiento y sobre todo porque es absurdo.) Del mismo modo muchos espíritus distinguidos é ilustrados creen en muchos días en el espiritismo, en las mesas planetas — ¡y por qué ir tan lejos!— creen todavía en el cristianismo, en el idealismo, en Dios.

La fe del Protestantismo antiguo, como la del moderno, era robusta y sencilla. La propaganda cristiana iba dirigida á su corazón, no á su inteligencia; á sus nobles aspiraciones, á sus necesidades, á sus sentimientos, á su condición de esclavo, no á su razón que demandaba razones, y para la cual por consiguiente las contradicciones lógicas y la evidencia no existían. Lo único que le interesaba era saber cuándo venaría la hora de la promulgación, cuando llegaría el mandato de Dios. En cuanto á los dogmas teológicos, no le preocupaban, porque sabía bastante de ellos. El Protestantismo convertido al cristianismo consistió en fuerza material, pero no en pensamiento teórico, en fuerza intelectual.

Los dogmas cristianos fueron elaborados en una serie de trabajos teológicos y literarios, y en los siglos principalmente, por los neoplatónicos del Oriente convertidos. El espíritu griego cayó en un absurdo tal que en el siglo VII de nuestra era, época del primer concilio, la idea de un dios personal, espíritu puro, eterno, absoluto, creador y soñador, fué unánimemente aceptada por los padres de la Iglesia; y como una consecuencia lógica de este absurdo absoluto, llegó á ser entonces necesario creer en la inmortalidad é inmutabilidad del alma humana, alojada, aprisionada, por así decirlo, en un cuerpo mortal en particularmente, porque en este mismo cuerpo hay una parte que, aunque material, es inmortal como el alma misma con la cual un día debe reunirse.

¿Cuán difícil fué para los mismos padres de la Iglesia comprender el espíritu puro despojado de toda forma material!

En general el carácter de todo argumento metafísico y teológico es buscar una explicación al absurdo por otro absurdo.

Constituye una verdadera tortura para el cristianismo el hecho de haber encontrado un mundo de esclavos. Pero ta-

ve aún otra ventaja: la invasión de los bárbaros. Estos eran gente valiente, llena de fuerza natural, y sobre todo impulsada por una necesidad tan grande como su capacidad vital, eran sencillos é toda prueba, bastante poderosos para derribarlo y quemarlo todo como sus sucesores los albaneses; pero aquellos fueron mucho menos sistemáticos y pedantes que éstos; menos atrevidos, menos intempestivos, y por otra parte más independientes y más fuertes, más capaces para la ciencia y para la libertad que la burguesía de la moderna Alemania. A pesar de todas sus grandes cualidades no fueron más que bárbaros; esto es, tan indolentes á todas las cuestiones teológicas y metafísicas como los antiguos esclavos; punto que, por otra parte, es gran motivo de falta de adhesión á la rama de aquellos. Así es que una vez vencida su repugnancia de hecho, no fué difícil convertirlos totalmente al cristianismo.

Durante diez siglos el cristianismo, armado con la omnipotencia de la Iglesia y del Estado, y dueño del mundo, pudo depurar, abateir y falsear el espíritu de Europa. No tuvo quien resistiera con él, porque fuera de la Iglesia no había ni pensadores ni personas ilustradas. Sólo la Iglesia pensaba, hablaba, escribía, enseñaba. Aunque en su seno surgieran discrepancias, abstrusas al desenvolvimiento teológico é práctico del dogma fundamental, jamás al dogma mismo. La creación en Dios, espíritu puro y creador del mundo, y la creación en la inmaterialidad del alma, permanecieron intactas. Esta doble creación llegó á constituir la base ideal de la civilización europea desde Oriente á Occidente, infiltrándose en todas las instituciones, en todos los detalles de la vida pública y privada de las clases y de las masas; en éstas crecieron por completo, si así puede expresarse.

Desde este año, primer ascendimiento que tal creación haya llegado hasta nuestros días y que continúe ejerciendo su poderosa influencia sobre las más selectas inteligencias, tales como Maistre, Michelet, Quinet y muchos otros!

Nosotros sabemos que el primer ataque contra ella fué dirigido por el Renacimiento del libro examen en el siglo XV, el cual produjo Bressa y martires como Vassini, Giordano Bruno y Galileo. Aunque abogado por el resto, el tumulto y las pasiones de la Reforma, el libro examen continuó silencioso su trabajo invisible, legando á los espí-

ritus más nobles de cada generación sus enseñanzas de emancipación humana por la destrucción del absurdo, hasta que en la segunda mitad del siglo XVIII apareció de nuevo el esplendoroso día, levantando valientemente su bandera el ateísmo y el materialismo.

* *

Se creará, pues, que el espíritu humano estuvo á punto de libertarse al fin de todo obstáculo divino; no en absoluto, sin embargo. La falsedad en que la especie humana ha creído durante diez y ocho siglos—hablando solamente del cristianismo—probó una vez más su poderío sobre la verdad. No pudiendo servirse ya de la gente negra, de los cuervos consagrados por la Iglesia, de los sacerdotes católicos y protestantes, que habían perdido todo su crédito, utilizó los sacerdotes laicos, los embusteros y sofistas de capa corta, y de entre ellos se encomendó el papel principal á dos hombres temibles, el uno el espíritu más fatal; el otro, la voluntad más doctrinariamente despótica del pasado siglo: J. J. Rousseau y Robespierre.

El primero, tipo perfecto de la baja y de la malicia suspicaz, de la exaltación sin otro objeto que su propia persona, del entusiasmo ridículo y de la hipocresía á la vez sentimental é implacable, de la mentira del idealismo moderno, puede considerársele como el verdadero creador de la reacción. Escritor el más democrático del siglo XVIII, en apariencia, fundó sobre sí mismo el duro despotismo de los hombres de Estado. El fué el profeta del Estado doctrinario, del mismo modo que Robespierre, su fiel y digno discípulo, procuró constituirse en su gran sacerdote. Así como Voltaire afirmó «que si Dios no existiera sería preciso inventarlo», J. J. Rousseau inventó el Sér Supremo, la divinidad abstracta y estéril de los deístas. En nombre de este Sér Supremo, Robespierre guillotiné primero á los hebertistas y después á los verdaderos genios de la Revolución, á Danton y sus amigos, matando en la persona del primero la República, con lo cual preparó desde entonces el camino al triunfo necesario de la dictadura napoleónica. Después de este gran retroceso, la reacción idealista buscó y halló servidores menos fanáticos, menos terribles, más acomodados al modo de ser de la burguesía actual. En

Francia, Chateaubriand, Lamartine y—es preciso no olvidarlo—Victor Hugo, ¡el democrata, el republicano, el casi socialista de hoy!; y tras éstos toda la cohorte melancólica y sentimental de los espíritus anémicos que bajo la dirección de esos maestros fundó la escuela romántica. En Alemania los Schlegel, los Tieck, los Novalis, los Werner, los Schelling y otros muchos cuyos nombres no merecen recordarse.

La literatura creada por esta escuela constituyó el reinado de los espectros y fantasmas. Esta literatura no soporta la luz del sol, sólo puede vivir al claro-oscuro. No menos insoportable le es el contacto brutal de las masas. Es la literatura de los aristócratas delicados y distinguidos, de los que aspiran al cielo, su única patria, y son desgraciados en la tierra. Tienen horror y desprecio á los políticos y á los problemas de la época, pero cuando por casualidad se refiere á ellos se manifiesta francamente reaccionaria, toma el partido de la Iglesia contra la insolencia de los librepensadores, de los reyes contra los pueblos y de todos los aristócratas contra la vil canalla de las calles y plazuelas.

Por lo demás, como ya he dicho, el carácter dominante del romanticismo fué la más completa indiferencia por la política. En medio de las sombras en que vivió no podían distinguirse mas que dos extremos principales: el rápido desenvolvimiento del materialismo burgués y el desbordamiento ingobernable de las vanidades individuales.

* *

Para comprender esta literatura romántica es preciso buscar la razón de su existencia en la transformación que se ha efectuado en el seno de la burguesía desde la revolución de 1793.

Desde el Renacimiento y la Reforma hasta la Revolución, la burguesía, si no en Suiza, en Inglaterra, en Holanda, fué la heroína, la representación del genio revolucionario de la historia. De su seno salió la mayor parte de los librepensadores del siglo XVIII, los reformadores religiosos de los dos siglos anteriores y los apóstoles de la emancipación humana, incluso esta vez los de Alemania en el siglo pasado. Ella sola, apoyada naturalmente por el poderoso brazo del pueblo, que la seguía con fe ciega, hizo la

Después de haber ganado todos sus títulos de gloria en la oposición religiosa, filosófica y política, en la protesta y en la revolución, se convierte al fin en clase dominante, y por lo mismo, en defensora del Estado, desde entonces la institución regular del poder exclusivo de la burguesía. El Estado es la fuerza, y por tanto, antes que todo el derecho de la fuerza, el argumento victorioso, la razón triunfante del fusil de aguja, del Chassepot. Pero el hombre es de tal naturaleza, que este argumento elocuentísimo es insuficiente en la época actual. Para imponerle respeto es absolutamente necesaria una sanción moral cualesquiera. Además precisa que esta sanción sea tan clara y tan sencilla que las masas puedan convencerse de su bondad, las cuales, después de haber sido reducidas por el poder del Estado, tienen que ser también inducidas moralmente á reconocer sus derechos.

Sólo hay dos medios de convencer á las masas de la bondad de una institución social, cualesquiera que sea.

El primero, el único real, pero también el de más difícil adopción, porque implica la no existencia del Estado; ó en otras palabras, el aniquilamiento de la explotación política organizada por una minoría dominante en perjuicio de la mayoría de los ciudadanos, consiste en la directa y completa satisfacción de la necesidad y aspiraciones del pueblo, lo cual equivale, según ya queda dicho, á la destrucción de la burguesía y del Estado. Es inútil, pues, hablar de ello.

El segundo medio, por el contrario, funesto para el pueblo, precioso para la salvación de los privilegios burgueses, no es otro que la religión. Esta es el eterno espejismo que dirige á las masas tras la pista de los tesoros divinos, en tanto que, mucho más astuta, la clase gobernante se contenta con repartir entre todos sus miembros, aunque muy desigualmente, dando siempre más al que más posee, los miserables bienes de la tierra y el botín arrebatado al pueblo, incluso naturalmente su libertad política y social.

No existe, no puede existir un Estado sin religión. Escoged los Estados más libres del mundo, los Estados Unidos de América ó la confederación Helvética, por ejemplo, y veréis cuán importante papel juega en todos los documentos y discursos oficiales la divina Providencia, esa sanción superior de todos los Estados.

Por consiguiente, no lo dudéis, siempre y cuando un

jefe de Estado habla de Dios, ya sea el emperador de Alemania, ya el presidente de cualquier república, es seguro que se prepara á esquilmar de nuevo á su pueblo-rebaño.

La burguesía francesa, liberal y volterriana, impelida por temperamento á un positivismo (por no decir á un materialismo) mezquino y brutal, llegó á convertirse en clase gobernante gracias á la victoria de 1830, y el Estado tuvo que darse una religión oficial. Esto no fué cosa fácil. La burguesía no podía volver de pronto á someterse al yugo del catolicismo romano. Entre ella y la Iglesia de Roma había un abismo de sangre y de odio, y por muy práctico y sabio que uno sea, jamás le es posible reprimir una pasión desenvuelta en el curso de la historia. Por otra parte, la burguesía francesa hubiera caído en el ridículo al volver á la Iglesia y participar de las piadosas ceremonias de su culto, condición esencial de una conversión meritoria y sincera. Algunos se adaptaron á esto, es verdad, pero su heroísmo no fué premiado mas que con un escándalo infructuoso. Por último, se hizo imposible volver al catolicismo á causa de la contradicción extraña que separa á la inmutable política de Roma del desenvolvimiento de los intereses económicos y políticos de la clase media.

Por esto el protestantismo es más ventajoso, es la religión burguesa por excelencia, y lo es precisamente porque se acomoda tan bien á la libertad como necesita la burguesía, á la par que halla un medio de reconciliar las aspiraciones celestiales con el respeto que demandan las consideraciones terrenales, y de aquí que en los países protestantes sea donde el comercio y la industria se han desarrollado más ampliamente.

Pero era también imposible que la burguesía francesa se convirtiese al protestantismo. Para pasar de una religión á otra—á menos de hacerlo deliberadamente como los judíos en Rusia y Polonia, que se bautizan tres y cuatro veces á fin de recibir por cada bautismo la remuneración que se concede á los convertidos,—para cambiar seriamente de religión hace falta un poco de verdadera fe.

Ahora bien, en el corazón exclusivamente positivista de la burguesía francesa no cabe la fe. Por el contrario, profesa la más profunda indiferencia hacia todo lo que no se relaciona con su bolsillo primero y con su vanidad social después.

Tanto le importa, pues, el protestantismo como el catolicismo. Por otra parte, la burguesía francesa no podía convertirse al protestantismo sin ponerse en contradicción con la rutina católica de la mayoría, lo cual hubiera sido una gran imprudencia para una clase que pretendía gobernar á la nación.

Quedábale, no obstante otro camino: volver á la religión humanitaria y revolucionaria del siglo XVIII. Pero esto equivalía á ir demasiado lejos.

La burguesía se vió, sin embargo, obligada, á fin de sancionar su nuevo estado, á crear una religión nueva que pudiera ser proclamada bondadosamente, sin gran escándalo, sin ridículo, por toda la clase media.

Así nació el deísmo doctrinario.



Otros han hecho mucho mejor que yo puedo hacerlo la historia del nacimiento y desarrollo de esta escuela que tan decidida y fatal influencia—bien puedo decirlo—ejerció en la educación política, intelectual y moral de la juventud burguesa en Francia.

Esta escuela data de Benjamin Constant y Mme. Staël: su verdadero fundador fué Royer-Collard; sus apóstoles Guizot, Cousin, Villemain y muchos otros. Su objeto, manifestado con una bondad sin igual, fué el de reconciliar á la revolución con la reacción; ó usando el lenguaje de la escuela, el de armonizar el principio de autoridad con el de libertad, naturalmente siempre en perjuicio de esta última.

Esta reconciliación significa: en política el escamoteo de la libertad popular en provecho de la dominación burguesa representada por el Estado monárquico y constitucional; en filosofía, la sumisión reflexiva de la razón libre ante los principios eternos de la fe.

Nadie ignora que especialmente fué elaborada por monsieur Cousin, el padre del escepticismo francés. Orador superficial y pedante, incapaz de toda concepción original, de toda idea propia, pero muy fuerte en el sentido vulgar, que confundió con el sentido común, este pretencioso filósofo preparó sabiamente para uso de la juventud estudiosa de

Francia un plan metafísico de su propia cosecha, cuyo uso se declaró obligatorio en todas las escuelas del Estado sometidas á la autoridad universitaria: tal es el indigesto alimento á que han sido condenadas varias generaciones.

(Aquí termina el manuscrito.)

